

NEW LEFT REVIEW 146

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO-JUNIO 2024

ARTÍCULOS

RICHARD BECK La política exterior de Biden 7

ENTREVISTA

SAHRA WAGENKNECHT La situación de Alemania 37

ARTÍCULOS

PERRY ANDERSON Innovadores de alto y bajo perfil 59

PIERRE VESPERINI ¿Qué hacer con el pasado? 113

CRÍTICA

OLIVER EAGLETON El capitalismo de *stakeholders*,
otra vez 135

LOLA SEATON Buenos errores 146

JOY NEUMEYER Historias de Moscú 161

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
td traficantes de sueños



PERRY ANDERSON

INNOVADORES DE ALTO Y BAJO PERFIL

I. 1892-1914

DOS AÑOS ANTES de la celebración del centenario de la Primera Guerra Mundial apareció una obra que ha transformado la comprensión pública de su estallido como ninguna otra lo había hecho desde el final de la misma, *The Sleepwalkers: How Europe Went to War in 1914*, de Christopher Clark*. El reconocimiento que recibió, aunque no universal, fue abrumador en cuanto a su diversidad y extensión, así como en lo referido al alcance de sus traducciones y de sus cifras de ventas, lo cual colocó al libro en un orden de magnitud diverso respecto a cualquier otra historia previamente publicada del conflicto. Su título se convirtió prácticamente de inmediato en un eslogan para los políticos, que advertía de los peligros de que se repitieran los hechos que habían provocado la guerra y de la necesidad de precaverse contra ellos. El libro objeto de esta respuesta era obra de un historiador nacido mucho después de que hubiera concluido la Segunda Guerra Mundial en un país, que había entrado en la Primera Guerra Mundial no como una gran potencia y ni siquiera como un participante independiente, sino como auxiliar del más global de sus beligerantes. Clark es descendiente, según explica él mismo, de un refugiado de la hambruna irlandesa llegado a la Australia colonial¹. Educado en Sídney, ingresó en la Universidad Libre

* Una versión más amplia de este ensayo aparecerá en *Disputing Disaster: A Sextet on the Great War*, Londres y Nueva York, 2024, de próxima publicación.

¹ Christopher Clark, *Revolutionary Spring: Fighting for a New World 1848-1849*, Londres, 2023, p. 51 [ed. cast.: *Primavera revolucionaria. La lucha por un mundo nuevo, 1848-1849*, Barcelona, 2024]. Para su rebelión temprana contra los tropos interesados de las versiones oficiales anglo-australianas de la Primera Guerra

de Berlín a mediados de la década de 1980 y luego en la de Cambridge, donde escribió un doctorado sobre los intentos efectuados por las misiones protestantes en Prusia para convertir a los judíos al cristianismo; en 2000 publicó una biografía del káiser Guillermo y posteriormente en 2006 una gran historia general de Prusia entre el siglo XVII y el siglo XX, *Iron Kingdom*, antes de producir en 2012 *The Sleepwalkers*. Dos años más tarde fue nombrado Regius Professor de Historia de esta universidad y en 2015 fue nombrado caballero por sus «servicios prestados a las relaciones anglo-alemanas».

Un amplio reconocimiento público, crítico u oficial, no tiene por qué constituir en absoluto una garantía de mérito. En cuestiones intelectuales a menudo ocurre lo contrario. Pero ello no siempre es así y este es uno de esos casos. Rebuscando en el diccionario, los críticos rastrearon todos los elogios que pudieron encontrar: «impresionantemente bueno», «con toda probabilidad el mejor libro jamás escrito sobre el tema», «monumental», «soberbio», «revolucionario», «una obra maestra»², descripciones ninguna de ellas injusta, aunque inevitablemente en absoluto exhaustivas del objeto que las disfrutaba. Se mire por donde se mire, *The Sleepwalkers* es una gran obra de historia. Lo que la distingue en el firmamento de las obras consagradas a la Primera Guerra Mundial, que se remonta ya a más de cien años atrás, y que sigue acumulando estudios con pocos signos de amainar, son cinco logros. El primero y más importante es la amplitud de su cobertura, que abarca en un solo volumen no sólo a las cinco grandes potencias que se lanzaron a la guerra –lo cual, después de todo, fue intentado también por Sidney Bradshaw Fay y Bernadotte Everly Schmitt en los prolegómenos de su historiografía– junto con Serbia, sometida esta a un amplio escrutinio por parte de Luigi Albertini, sino que se basa en un conjunto de evidencias y argumentos sobre su inicio mucho más amplio que lo ofrecido por cualquiera de las obras precedentes. La condición de este rango y de esta amplitud de información es el don excepcional de Clark para las lenguas de Europa, que se halla más allá de la capacidad al respecto mostrada por cualquier otro precursor, lo cual le permite dominar las fuentes, primarias y secundarias, no sólo escritas en francés, alemán, italiano y ruso, sino también en serbocroata, polaco y neerlandés.

Mundial, véase la entrevista «Dieser Krieg hat das ganze Jahrhundert entstellt», *Deutschlandfunk*, 20 de enero de 2014, donde informa de que el profesor que le inculcó su versión de las mismas era un seguidor de Fritz Fischer.

² Respectivamente, *London Review of Books*, *The Washington Post*, *The Boston Globe*, *The Guardian*, *The New York Times*.

La profundidad de la investigación se aparea al garbo de la narrativa. La complejidad interactiva del descenso de Europa a la guerra, en la que participaron Estados rivales presa de divisiones internas cuando se precipitaban al campo de batalla, ha hecho formalmente difícil presentar un análisis claro de los hechos. Clark aborda el problema con tal vivacidad que el libro se convirtió desde el primer momento en un éxito de ventas. Al mismo tiempo, la exposición está atravesada por un análisis del poder y de las formas gobierno que, en opinión de Clark, establecieron los parámetros de referencia para los actores políticos de la época. La narración y la reflexión, a menudo discrepantes al escribir sobre el pasado, encuentran una ingeniosa solución en la estructura del libro. Las primeras cien páginas tratan de las diferencias existentes entre los dos Estados, cuyo antagonismo desencadenó la guerra, Serbia y Austria-Hungría, seguidas de otras ciento cincuenta sobre la polarización de Europa en campos armados rivales, las divisiones imperantes en el seno de cada uno de los regímenes que llegaron a pertenecer a los dos bloques mencionados y la forma en que estas fuerzas intensificaron las tensiones en los Balcanes antes de volver finalmente al asesinato del heredero del Imperio de los Habsburgo en Sarajevo, acontecimiento que desencadenó la crisis de julio de 1914 y activó la cuenta atrás hacia la Gran Guerra. El movimiento del libro de lo diacrónico a lo sincrónico y de nuevo a lo diacrónico se ejecuta con una gran habilidad literaria. Por último, pero no por ello menos importante, una característica notable de *The Sleepwalkers* es la equidad de sus juicios en un campo en el que muchos de los mejores estudiosos han sido incapaces de separarse de las pasiones de los países en los que se formaron o de las convicciones de los poderes que los controlaban. La distancia geográfica y generacional de la escena del desastre ha desempeñado obviamente un papel en la libertad mostrada por Clark respecto a estas debilidades, permitiendo por primera vez un tratamiento equilibrado, crítico, sin cláusulas de reserva ni alegatos especiales, de todas las potencias europeas que tomaron las armas en 1914. Cada una de ellas emerge bañada por una nueva luz producto de su análisis.

Serbia y el Imperio de los Habsburgo

La novedad más extraordinaria de *The Sleepwalkers* radica en el primer capítulo, dedicado a Serbia, habitualmente marginada o ignorada en gran parte de la literatura sobre los orígenes de la Primera Guerra Mundial, de la cual el libro ofrece un amplio análisis sociopolítico, que corre del derrocamiento de la dinastía Obrenović en 1903 hasta la víspera del

conflicto en 1914, al hilo del cual se presenta el carácter de su sociedad campesina, las leyendas populares de su pasado, el dominio del Partido Radical Serbio en su sistema parlamentario y la influencia compensatoria del ejército en la vida nacional, así como la dinámica expansionista del país impulsada por estas dos fuerzas. Este era, en opinión de Clark, el contexto de la fundación en 1911 de Unión o Muerte, la red conspirativa de la «Mano Negra», como era popularmente conocida, que incluía reclutas militares y civiles y desdibujaba los límites entre las actividades oficiales y no oficiales en Serbia, cuyo líder más eficaz fue el oficial regicida «Apis». En este entorno se entrenó y armó en Belgrado a un trío de muchachos bosnios a los que se aseguró el paso clandestino a través de la frontera hacia Sarajevo para asesinar al archiduque Francisco Fernando. El gobierno serbio estaba al corriente de sus movimientos: su primer ministro, el veterano radical Nikola Pašić, tomó nota de la noticia más de un mes antes de que se produjeran los asesinatos, relacionándola con el nombre de un conocido operativo de la Mano Negra³. Aunque Pašić y Apis se hallaban enfrentados en la política nacional, compartían el objetivo irredentista de una Gran Serbia y en ese momento todavía no se había desatado una situación de conflicto abierto entre ambos. Apis fue nombrado director de la inteligencia militar serbia, entre cuyas competencias se hallaba el control de las fronteras del país, durante el mandato de Pašić, que posteriormente sería responsable de su asesinato judicial.

Al otro lado de estas fronteras, al norte y al oeste, se encontraban los dominios de los Habsburgo, denominados por Clark, en la estela de Musil y de modo no demasiado apto según su propio señalamiento, «el Imperio sin atributos». La monarquía dual austro-húngara, aunque no tan minimizada como Serbia en los estudios convencionales sobre los orígenes de la Gran Guerra, ha sido generalmente tergiversada por estos como el caso de una potencia rezagada, plagada de atraso, desorganización e incompetencia en el concierto de las principales potencias europeas. La realidad, sostiene Clark, era otra. Es cierto que el *Ausgleich* de 1867 había dividido el Imperio en dos reinos separados, cada uno de ellos dotado de su propio poder ejecutivo, legislativo y judicial, carentes de un gran contacto político recíproco y respectivamente dominados por un grupo étnico, que era numéricamente mayoritario, pero todavía constituía una minoría de la población en su respectivo territorio. En el

³ Sobre el papel desempeñado por Pašić, véase Christopher Clark, *The Sleepwalkers: How Europe Went to War in 1914*, Londres, 2012, pp. 53-58 y ss.; ed. cast.: *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914*, Barcelona, 2021.

parlamento húngaro, un sufragio muy restrictivo aseguró sin esfuerzo a esta población mayoritaria el control magiar sobre croatas, rumanos y otros grupos étnicos menores. En el parlamento austriaco, elegido después de 1906 por sufragio universal masculino, estaban representadas todas las nacionalidades importantes –checos, polacos, italianos, rutenos y otros grupos, junto con los propios austriacos– y ello hacía que las disputas entre ellas paralizaran los procedimientos. En este sentido, la vida política era disfuncional, pero por encima de la división jurídica y de las disputas étnicas de los territorios de los Habsburgo, el Estado se mantenía firmemente unido gracias a tres pilares unitarios colocados bajo la férula directa de la dinastía reinante: el ejército, el tesoro y la diplomacia, cuyos ministros de Guerra, Finanzas y Asuntos Exteriores eran nombrados por el emperador y estaban investidos de poderes pan-territoriales. Las dos primeras instituciones, situadas en la cúspide del sistema, eran las que garantizaban el orden y el progreso en el seno del Imperio habsbúrgico.

En ambos aspectos, sostiene Clark, el récord de logros de la monarquía dual austro-húngara fue realmente impresionante. A diferencia de la Rusia zarista, era un *Rechtsstaat* [Estado de derecho], que ofrecía libertades cívicas y una justicia predecible a sus súbditos, además de paz y tranquilidad sin agitaciones revolucionarias ni desórdenes violentos a lo que se añadía el famoso florecimiento de la vida cultural del Imperio. Desde el punto de vista económico y educativo, lejos de estar a la cola de la pentarquía de potencias europeas, se situaba en algunos aspectos sorprendentes a la vanguardia de la época, mostrando una de las tasas de crecimiento más rápidas de Europa y un índice de escolarización en la enseñanza primaria superior al vigente en Francia o Alemania, por no hablar de Italia o Rusia. La industria pesada estaba en auge, las exportaciones agrícolas crecían y la red ferroviaria se expandía. Incluso en Bosnia, durante mucho tiempo administrada, aunque solo recientemente anexionada, el gobierno de los Habsburgo había traído inversiones, urbanización y un cierto grado de modernidad⁴. A lo largo de todo el Imperio se produjeron disturbios de distinto grado entre las diversas nacionalidades. Pero aparte de Bosnia, donde aún no había elecciones, el desarrollo de lo que se estaba convirtiendo en el espectro normal de partidos políticos presentes en Europa occidental –una derecha conservadora, un centro liberal, una izquierda socialdemócrata– actuó como un freno frente a la radicalización del nacionalismo

⁴ *Ibid.*, pp. 69-75.

rupturista, cuyo desarrollo dividía a los grupos étnicos en lugar de incentivarlos: el secesionismo intransigente aún parecía relativamente débil. Pero regionalmente el Imperio de los Habsburgo se hallaba a la defensiva no a la ofensiva. En 1909 el Imperio había anexionado Bosnia para proteger la provincia de las repercusiones de la revolución de los Jóvenes Turcos, pero en la Primera Guerra de los Balcanes fue testigo impotente del fin del poder otomano en Europa, mientras que en la Segunda constató la duplicación del tamaño de Serbia, a cuyos expansionistas les gusta imaginar el país como una daga clavada en el vientre de Austria-Hungría, así como la defección de Rumania de su alianza nominal con las potencias centrales, esto es, el Imperio alemán y el Imperio austro-húngaro. A raíz de estos reveses, temores y fantasías cada vez más desmesurados se apoderaron de Viena, que llegaron a personificarse en las figuras antitéticas del (temperamentalmente) lánguido Berchtold, responsable de la política exterior, y del (perpetuamente) fogoso Conrad, jefe del ejército, ahora unidos en la determinación de hacer frente con la fuerza a cualquier nueva amenaza.

Los otros beligerantes

Con sendas sesenta páginas dedicadas a Serbia y Austria-Hungría, ambas entidades políticas son objeto de un escrutinio más detallado y coherente que cualquiera de los otros beligerantes, ninguno de los cuales recibe un tratamiento comparable de su política interna. Los papeles desempeñados por Francia, Alemania, Rusia e Inglaterra durante los años previos a la Gran Guerra se examinan esencialmente a través del prisma de sus políticas exteriores, desagregadas en segmentos menores distribuidos a lo largo de los capítulos sucesivos, lo cual evidencia una asimetría, que sin duda se debe en parte a la necesidad de preparar el escenario para la acción principal, pero que quizá se halla mejor tratada en la literatura existente. La segunda parte del libro comienza abordando diversos temas: el nacimiento de la alianza franco-rusa firmada a principios de la década de 1890; los orígenes de la Entente Cordiale de 1904 entre Francia y Gran Bretaña; la posición a contrapelo de Alemania como participante tardío en el club imperial que estos dos países habían formado; las razones de la hostilidad que su llegada despertó en Gran Bretaña; y, en opinión de Clark, el «gran punto de inflexión» registrado en Europa tras la firma de la Convención anglo-rusa de 1907, que completó la polarización del continente en dos campos⁵. El capítulo siguiente

⁵ *Ibid.*, pp. 152-159.

examina las formas en las que el poder se deslavazó en prácticamente todos los grandes Estados de la época, ofreciendo un vívido estudio de las divisiones y confusiones existentes en el poder ejecutivo de cada uno de ellos: intervenciones aleatorias de monarcas variados, falta de colegialidad en los gabinetes, intrigas burocráticas, fricciones entre el personal militar y el civil, ruido de fondo de los partidos de masas en ascenso y campañas de prensa presas de la excitación. Clark sugiere que en esta atmósfera de inestabilidad se produjo una alteración de la mentalidad de quienes detentaban el poder y de quienes les rodeaban: no tanto un belicismo rotundo como una «creciente predisposición para la guerra»⁶.

Tal estado de ánimo ya estaba presente en 1906, cuando la primera crisis de Marruecos puso en vilo a Europa y lo estaba todavía con más fuerza, cuando estalló la segunda crisis desencadenada en Agadir en 1911, momento en el que Alemania impugnó la toma del sultanato por Francia. En ambas ocasiones se llegó a una solución pacífica. Sin embargo, a las pocas semanas de la última de estas, el ejemplo de Francia incitó a Italia a imitarla, protagonizando un asalto a la provincia otomana de lo que hoy es Libia, hecho que envalentonó a su vez a una liga de cuatro Estados balcánicos, respaldados por Rusia, para atacar lo que quedaba del Imperio turco en Europa. De esta situación turbulenta, Serbia salió claramente vencedora y Austria, que durante mucho tiempo había considerado al Imperio otomano como una barrera a la expansión rusa y como otro reino multinacional conservador constitutivo de un contrafuerte para su propio poder, fue la gran perdedora. Una vez trazado este panorama, *The Sleepwalkers* vuelve a la escena en la que concluye su primera parte para relatar la ejecución del complot destinado a asesinar al heredero del trono de los Habsburgo en Sarajevo y, luego, para analizar con minucioso detalle la crisis internacional desencadenada por ello, que desembocó en la Primera Guerra Mundial. En su conclusión, Clark se pregunta, si ello fue inevitable o en realidad el resultado de un conjunto de factores contingentes, el primero entre ellos el asesinato del archiduque austriaco, que estuvo a punto de saldarse con un fiasco.

Las innovaciones de esta construcción no radican simplemente en la amplitud de las fuentes, extraídas de todas las potencias en juego, ni en el equilibrio de la atención prestada a cada una de ellas. Provienden, más esencialmente, de una poderosa iconoclastia del razonamiento

⁶ *Ibid.*, p. 237.

sustantivo. La opinión generalizada sobre los orígenes de la Gran Guerra, tal como existía cuando apareció *The Sleepwalkers*, era el producto de la confluencia de dos corpus distintos de trabajos sobre los mismos: las tradiciones autojustificativas de las historiografías francesa, inglesa e italiana, que se remontan al periodo de entreguerras, pero que siguen vigentes en este siglo; y la historiografía alemana arrepentida de la era de la Guerra Fría. La primera absolvía a la Entente de toda responsabilidad activa en el estallido de la matanza de 1914, de la que las potencias centrales habían sido las únicas responsables o al menos abrumadoramente culpables. La segunda acusaba a Alemania no tan solo de iniciar militarmente la guerra, sino de haberla planificado políticamente de forma premeditada. La primera escuela englobaba a la vasta mayoría de los historiadores, de la época de Wilson a la de Obama, de los países que habían unido sus fuerzas para derrotar a las potencias centrales. La segunda nació con la obra de Fritz Fischer, publicada en la década de 1960, y la escuela a la que dio lugar en Alemania Occidental. Ambas se fusionaron sin fricciones para constituir el consenso que unió a los bloques otrora rivales de principios del siglo xx. El efecto de la obra de Clark es derribar este consenso, pero prescindiendo absolutamente de toda vis polémica, dado que no toma nunca como objetivo ninguno de los dos frentes adversarios de opinión o de perspectiva. Las referencias de las notas a la obra de escritores bien conocidos por sus puntos de vista contrarios son abundantes y siempre respetuosas. Más allá del valor de la colegialidad, Clark demuestra ser generoso con los demás, lo cual suaviza la forma, pero apenas disminuye el alcance de su ruptura con la ortodoxia del momento⁷.

El objetivo de *The Sleepwalkers* es trazar la continua red de interacciones existentes entre los principales actores, cuyo resultado culminó en la Primera Guerra Mundial, no levantar un balance de situación de la actuación de uno u otro Estado implicado, optando por presentar, por el contrario, la exposición de la dinámica de una pluralidad de centros de poder rivales, autónomos y potencialmente antagónicos. Al hacerlo pone de manifiesto el alcance del desafío que el libro ha representado para lo que entonces se consideraba en general el consenso establecido sobre la guerra, lo cual explica las diferentes vías seguidas por

⁷ De ello es evidencia suficiente la consideración de lo que Clark tiene que decir en *The Sleepwalkers: How Europe went to War in 1914* sobre cada una de las potencias mayores de la Gran Guerra, omitido aquí por razones de espacio; véase la versión más larga de este ensayo en *Disputing Disaster*, libro de próxima aparición.

el éxito casi unánime del libro entre el público y la recepción mucho más variada del mismo en el mundo académico. El consenso que, en general, se había mantenido durante medio siglo se basaba en dos creencias: la premisa natural sostenida por los Estados vencedores de que su causa era justa, aunque su coste hubiese sido elevado, y la conversión tardía de la principal potencia derrotada a la aceptación de que había provocado la guerra y merecía ser considerada responsable de ella. Sin abordar frontalmente ninguna de ellas, Clarke acaba eficazmente con ambas. Dado que muchas reputaciones se habían construido en torno a trabajos que las presumían o ilustraban, era de esperar que se produjeran reacciones vehementes.

Las más ruidosas provinieron de Alemania, donde la acusación levantada por Fischer contra el Segundo Reich como artífice del desastre de 1914 no solo había formado a dos generaciones de historiadores, sino que se había convertido prácticamente en la piedra angular de la identidad de la Bundesrepublik como un epítome de la democracia occidental, que había roto netamente con los capítulos más oscuros del pasado del país. Menos abiertamente nacional y política, la recepción en los países de habla inglesa se preocupó más por defender la respetabilidad liberal y la integridad de la Entente que ganó la guerra en lugar de ocuparse únicamente del intento de Alemania de dominar el mundo, aspecto realmente innegable. Pero la presencia de varios destacados historiadores alemanes, por descendencia o expatriación, en Gran Bretaña y Estados Unidos garantizó un solapamiento intelectual entre las dos áreas de respuesta. En la Bundesrepublik, la hostilidad a *The Sleepwalkers* fue orquestada principalmente por el semanario político-cultural más leído del país, *Die Zeit*, donde el editor responsable de cubrir las cuestiones de historia, Volker Ullrich, dirigió el ataque mediante sucesivas andanadas, apoyado por el fuego colateral del *Frankfurter Allgemeine Zeitung* y de otros medios, que conjuntamente lograron reunir a una batería de historiadores de tendencia liberal izquierdista, siendo Heinrich Winkler y Hans-Ulrich Wehler los más destacados, contra el libro⁸. Ignorando los

⁸ Véanse las referencias hostiles en *Die Zeit*, Volker Ullrich, «Zündschnur und Pulverfass», 12 de septiembre de 2013 y «1914: Nun schlitten sie wieder», 16 de enero de 2014; John Röhl, «Erster Weltkrieg: Jetzt gilt es loszuschlagen!», 22 de mayo de 2014; y Heinrich August Winkler, «Weltkrieg: und erlöse uns von der Kriegsschuld», 31 de julio de 2014; así como Lothar Machtan, «Oversophisticated—Anmerkungen zu Christopher Clarks Bestseller», *Sehepunkte*, 15 de enero de 2014, y Hans-Ulrich Wehler, «Beginn einer neuen Epoche der Weltkriegsgeschichte», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 7 de mayo de 2014.

hallazgos de Fritz Fischer, Clark había blanqueado la culpa de Alemania en el estallido de la Primera Guerra Mundial, produciendo una narración que, aunque bien escrita y aparentemente bien documentada, constituía una regresión selectiva que ignoraba el trabajo de este, satisfaciendo los anhelos conservadores de una apología del pasado imperial del país, lo cual por sí solo podría explicar las extraordinarias ventas del libro en Alemania. En un ensayo de réplica Clark no tuvo muchas dificultades para hacer frente a estas acusaciones. En el ámbito anglosajón, junto a una cobertura de prensa abrumadoramente favorable, se produjo una serie de respuestas al libro más matizadas, pero aun así netamente críticas, por parte de historiadores –entre ellos Hew Strachan, Keith Neilson, Stephen Schuker, Gordon Martel– comprometidos con la versión convencional de los orígenes de la Primera Guerra Mundial⁹. Considerando estas últimas como la expresión de diferencias normales de la opinión profesional, carente de toda imputación política tendenciosa, Clark no encontró una razón comparable para reaccionar ante ellas.

En general, por muy acalorados u hostiles que fueran los veredictos generales sobre el libro, pocos dejaron de hacer al menos algunas observaciones legítimas sobre él. Dos de ellas merecen ser mencionadas. En medio de las repetidas quejas de sus críticos alemanes de que Clark había ignorado la revolución historiográfica llevada a cabo por Fischer, Wehler señaló, con total precisión, que no había dedicado al panorama político alemán la misma atención que a Serbia (o Austria-Hungría). Esto, sin embargo, no solo se debía a que estos países eran mucho menos conocidos o habían sido menos discutidos en gran parte de la literatura convencional sobre la guerra, sino también al hecho de que Clark ya había dedicado un libro entero a la carrera política del último káiser y a su entorno institucional y social en el Segundo Reich, bien nutrido de abundantes referencias a las ideas de Fischer sobre estos aspectos¹⁰. En cuanto a Serbia, *The Sleepwalkers* sería objeto de numerosos ataques serbios, que culminarían en una voluminosa filípica contra el desgobierno de los Habsburgo en la que Clark figura como un perpetuo blanco fácil, atacado por su ignorante tergiversación de Apis, de los

⁹ Respectivamente, *International Affairs*, marzo de 2014 (Strachan); *European History Quarterly*, julio de 2014 (Neilson); *The New Criterion*, enero de 2015 (Schuker); *American Historical Review*, junio de 2015 (Martel).

¹⁰ Christopher Clark, *Kaiser Wilhelm II: A Life in Power*, Londres, 2000 [ed. cast.: *El káiser Guillermo II: Una vida en el poder*, Madrid, 2023]. El libro constituye un retrato moral-psicológico realmente equilibrado y toda una muestra de perspicacia política.

muchachos bosnios y de muchas otras cosas. El título de la obra –*Folly and Malice*– habla por sí solo, aunque también en este caso, en medio de una masa de displicentes acusaciones falsas, puede encontrarse la habitual corrección ordinaria de detalles a la que se halla expuesta toda obra, especialmente aquellas que abordan conspiraciones clandestinas¹¹. Si bien las pasiones nacionales han extremado claramente estas reacciones alemanas y serbias a *The Sleepwalkers*, no cabe duda de que surgirán otros tipos de reservas con el paso del tiempo. Hasta ahora, sin embargo, más allá de la admiración por los logros manifiestos o de la objeción a argumentos específicos que ha suscitado, es justo decir que el libro no ha recibido la evaluación analítica ponderada que merece.

¿Por dónde comenzar?

The Sleepwalkers, como sucede en los mejores trabajos de historia, contiene ciertas limitaciones. Las más significativas suscitan cuestiones de construcción antes que de postulación, implicando dos de ellas sendos casos de omisión y uno de semicomisión. Las tres se derivan del punto de vista que Clark adoptó al escribir el libro y que lo convirtió en el *tour de force* que ha llegado a ser. En su introducción explica que el libro se centraría en *cómo* se produjo la Primera Guerra Mundial y no en *por qué* se produjo. Este último aspecto, sugiere Clark, hizo que los historiadores tendieran a investigar las causas «remotas y categoriales», cuyo carácter es esencialmente abstracto¹² –sistemas de alianzas, carrera armamentística, altas finanzas, nacionalismo, códigos de honor, imperialismo– y que guardaban poca relación con las iniciativas reales de quienes tomaron las decisiones que condujeron a la guerra en 1914. Para comprenderlas era necesario seguir de cerca a los principales actores y acontecimientos del conjunto de Estados, que se convirtieron en beligerantes, y hacerlo de acuerdo con un criterio heurístico muy estricto. El producto de esa opción es realmente impresionante: en sus propios términos, no podría superarse. Pero esos términos dejaban abierta una pregunta: ¿cuál era el punto de partida apropiado para la historia que el libro desplegaba? El centenario de la guerra fue testigo de la publicación de más de un libro que relataba, con un estilo no muy diferente, el último mes antes de su

¹¹ John Zametica, *Folly and Malice: The Habsburg Empire, the Balkans and the Start of World War One*, Londres, 2017; su autor fue el portavoz de la República Serbia que pretendía independizarse de Bosnia y testificó a favor Radovan Karadžić en su juicio ante el Tribunal de la Haya. Véase la recensión del libro firmada por Mark Cornwall y publicada en el *Times Literary Supplement*, 3 de abril de 2018.

¹² Ch. Clark, *The Sleepwalkers: How Europe went to War in 1914*, cit., p. xxvii.

estallido. La historia de Clark no es tan puntillosamente próxima a los hechos, pero al comenzar cronológicamente con la alianza franco-rusa de la década de 1890, tras una página de retrospectiva que se remonta a la guerra franco-prusiana de 1870, el libro paga un precio analítico.

Ello es quizá más visible en el escenario regional con el que se abre el texto, donde los capítulos sobre Serbia y Austria-Hungría proporcionan el *coup d'éclat* del libro. Pero, por innovadores y apasionantes que sean ambos, ninguno de ellos se enmarca realmente en la forma en que podría haberlo sido, y debería haberse hecho, como parte de una historia más amplia del sudeste de Europa, una vez que la Revolución Francesa estalló y expandió sus efectos de la mano de las conquistas de Napoleón. En el Congreso de Viena, quienes le vencieron restauraron las dinastías que este había desplazado e impusieron a Europa un sistema de grandes potencias diseñado para reprimir cualquier nuevo intento de revolución y cualquier reanudación de las guerras entre ellas, que pudiera ponerlas en peligro: un pacto de solidaridad monárquica que llegó a denominarse el Consejo de Europa. La pentarquía que lo componía estaba formada por Gran Bretaña, Rusia, Austria, Prusia y Francia. El Imperio Otomano se halló excluido de las discusiones de Viena y de los acuerdos que se derivaron de ellas en tanto que potencia musulmana que no había participado en la lucha contra Napoleón y que se había establecido en el continente desde el siglo xv, gobernando a una población de cristianos.

Durante el siglo xviii dos imperios europeos se habían expandido a su costa: Austria avanzando hacia el sur en dirección al Danubio penetrando en los Balcanes y Rusia apoderándose de Crimea y de Podolia en torno al Mar Negro. Aliados ideológicamente después de 1815, en el sudeste de Europa también eran rivales geopolíticos: Austria tenía una frontera terrestre más larga y compartía comunidades étnicas con el reino otomano; Rusia compartía la religión de la mayoría de los súbditos cristianos del sultán y pertenecía a la misma familia lingüística que casi la mitad de ellos. En un principio, ambos imperios consideraron el nacionalismo como un legado pernicioso de la Revolución Francesa, capaz de provocar ulteriores problemas contra el orden dinástico reinante en Europa, pero muy pronto sus actitudes ante su aparición como fuerza popular en los Balcanes empezaron a diferir: Austria temía que su propagación, inspirada por el ejemplo de sus compatriotas eslavos al otro lado de la frontera, amenazara la seguridad de su propio imperio, mientras que Rusia era consciente de que las apelaciones a la fe y/o

a la afinidad étnica podían servirle de palanca para alcanzar su propio poder en la península. Los dos imperios pronto divergieron en su actitud hacia el sultanato. Para Viena era un Estado ideal con el que compartir frontera, porque ya no suponía una amenaza, siendo por el contrario un socio hostil ante los disturbios étnicos y, por lo tanto, «el mejor de los vecinos», mientras que para San Petersburgo se convirtió en un enemigo en decadencia que reprimía a sus correligionarios, cuyo territorio podía reducirse aún más, si surgían oportunidades favorables creadas por ellos. El Imperio ruso lo hizo dos veces y en cada una de ellas se produjo una guerra ruso-turca: en 1828, tras la revolución griega contra el dominio otomano, y en 1877, tras las revueltas serbia y búlgara contra el mismo. En ambas ocasiones, la presión de Austria, apoyada por Gran Bretaña y Francia, impidió que Rusia cosechara todos los frutos de su victoria.

No es que Rusia diera la bienvenida a las revoluciones nacionales como tales: Alejandro I se había mostrado tan alarmado como Metternich por la revuelta griega cuando esta estalló y Alejandro III estaba furioso por la insolencia de los intentos búlgaros de actuar como un Estado soberano. Cuando un movimiento mucho más fuerte y avanzado surgió en Hungría y amenazó al propio Imperio de los Habsburgo, Nicolás I no dudó en enviar un ejército en 1849 para aplastarlo. Poco importa si Schwarzenberg, el hombre fuerte del absolutismo austriaco a quien la intervención rusa había salvado, dijo posteriormente –o simplemente se le atribuyó la frase– «asombraremos al mundo con nuestra ingratitud», ya que la conducta austriaca durante el conflicto de Crimea, que comenzó cinco años más tarde con una declaración de guerra otomana a Rusia, respaldada por fuerzas expedicionarias de Francia y Gran Bretaña, estuvo a la altura de las circunstancias. Haciendo caso omiso de la demostración de solidaridad monárquica a la que debía su supervivencia, el Imperio de los Habsburgo, que no atacó realmente a Rusia, sí ocupó los principados cuyo territorio ahora forma parte de Rumania, inmovilizando a los ejércitos zaristas en Galitzia, que eran necesarios para defender Crimea, y asegurando así la derrota de Rusia en la primera guerra entre las grandes potencias librada desde 1815. Rota su regla de oro, el sistema de Viena estaba acabado. Francia, y luego Prusia, no tardaron en atacar a Austria, para luego Francia y Prusia declararse la guerra. Durante los veinte años siguientes, la diplomacia de Bismarck, que operaba como un sustituto unipersonal del antiguo Consejo de Europa, mantuvo en paz a las grandes potencias. Los Balcanes quedaban fuera de su capacidad de regulación, sin embargo, aunque Bismarck trató de aplicarla. A efectos políticos era,

como lo había sido desde un principio, una zona en la que no existían restricciones para recurrir a la violencia armada inserta en el seno de Europa, que un siglo más tarde llevaría en Sarajevo la tregua imperante entre las grandes potencias jurada en Viena a su apocalíptico final.

Lagunas y ausencias

Fue el historiador Edward Ingram quien, aproximadamente hace veinte años, señaló los Balcanes como una fractura estructural que atravesaba el orden establecido en Viena y trazó sus consecuencias: la exportación de un belicismo prohibido en el núcleo del sistema a una periferia que quedaba fuera de él, donde su autoridad nunca primó, y la violencia que este hecho fomentaba, cuyo estallido se verificó en sucesivas interacciones animadas por la turbulencia popular surgida desde abajo y la depredación imperial organizada desde arriba, las cuales rebotaron con efectos devastadores de nuevo en el núcleo del sistema: primero a mediados del siglo XIX en la Guerra de Crimea y finalmente en la Gran Guerra¹³. Ingram fue un historiador del Imperio británico en Persia y la India, no de Europa, por lo que la ausencia de su obra en el horizonte de Clark no es ningún reproche. Lo que el trabajo de Ingram pone de relieve, sin embargo, es el coste de comenzar una historia moderna de los orígenes de la Gran Guerra demasiado tarde, separada del legado de la Restauración y de por qué y dónde este se rompió. Ello no preocupaba a Clark cuando escribió *The Sleepwalkers*, por lo que no constituye en sí mismo una falta, si bien apunta a que podría serlo. Su mirada está más orientada hacia los posibles paralelismos existentes con los acontecimientos de 1914 susceptibles de reproducirse en el futuro, es decir, en nuestro presente, que hacia los orígenes de estos en un pasado más remoto de lo que su óptica alcanza. En el primer caso, sus analogías pueden resultar forzadas: Serbia descrita en la jerga del Departamento de Estado como un «Estado canalla», los asesinos de Sarajevo proyectados como precursores del terrorismo posmoderno, el primer ministro Pašić embellecido como «un estadista de incomparable habilidad a la cabeza de un partido de masas»¹⁴. En cuanto a esta última observación, su precisión puede demostrarse errónea, dado que describe a Metternich como un devoto *whig* flexible de corte británico, que aceptaba la creación de un Estado-nación griego al

¹³ Véase su decisivo ensayo, Edward Ingram, «Bellicism as Boomerang: The Eastern Question during the Vienna System», en Peter Krüger y Paul Schroeder (eds.), «*The Transformation of European Politics, 1763-1848*»: *Episode or Model in Modern History?*, Münster, 2002, pp. 205-225

¹⁴ Ch. Clark, *The Sleepwalkers: How Europe went to War in 1914*, cit., p. xxv-xxvi, 59.

calor de la revolución, llegando a escribir incluso que «los conflictos y las crisis en la periferia sudoriental, donde el Imperio otomano colindaba con la Europa cristiana, no eran nada nuevo», pero «el sistema europeo siempre les había dado cabida sin poner en peligro la paz en el conjunto de Europa¹⁵. Ingram habría mostrado un punto de asombro irónico.

Aunque en *The Sleepwalkers* no se aborda la continuidad histórica de la fractura balcánica, que de algún modo se niega, su omisión está relacionada con lo que podría parecer otra ausencia mayor, si bien esta nunca sea completa. La lista ofrecida por Clark de las abstracciones no tratadas adecuadamente en su estudio, que habitualmente los historiadores rastrean como causas aducidas de la Primera Guerra Mundial, incluye, en este orden, las siguientes: «El imperialismo, el nacionalismo, los armamentos, las alianzas, las altas finanzas, las ideas de honor nacional, la mecánica de la movilización». Estos procesos pueden «aportar cierta claridad analítica», escribe Clark, pero su efecto es reducir a los actores políticos a meros ejecutores involuntarios de tales fuerzas remotas. La guerra, sin embargo, fue consecuencia de «decisiones tomadas por actores políticos con objetivos conscientes», basadas en la mejor información disponible. «El nacionalismo, los armamentos, las alianzas y las finanzas formaron parte de la historia», continúa observando Clark, «pero únicamente se les puede otorgar un peso explicativo real, si resulta posible verificar que conformaron las decisiones que, combinadas, hicieron estallar la guerra». Los dos pasajes se hallan separados por algunas líneas entre ellos¹⁶. ¿Es significativo, o simplemente algo que ha pasado inadvertido, que el imperialismo, que encabeza la primera lista, esencialmente despectiva, desaparezca de la segunda, condicionalmente permisiva? ¿*Lapsus calami* o decisión de borrar? La evidencia al respecto en el trabajo que sigue es ambigua.

El término «imperialismo» dista mucho ciertamente de ser el criterio primordial o el tema dominante del libro, pero tampoco es particularmente explorado. Una de las razones de la ambigüedad de sus apariciones en el relato es probablemente su indeterminación, esto es, la existencia de demasiados significados disonantes de imperialismo, cuyos orígenes son diferentes, para que tenga una definición única y generalmente aceptada; a lo que puede añadirse su uso como una palabra peyorativa

¹⁵ Ch. Clark, *Revolutionary Spring: Fighting for a New World 1848-1849*, cit., pp. 250-252; *The Sleepwalkers: How Europe went to War in 1914*, cit., p. 242.

¹⁶ Ch. Clark, *The Sleepwalkers: How Europe went to War in 1914*, cit., p. XXVII.

lanzada al marxismo como proveedor de una teoría gastada derivada del mismo, calculada para disuadir a cualquier historiador serio de adoptar el término. En realidad, como ocurre a menudo, este prejuicio es fruto de la ignorancia. Para Marx, como para la mayoría de sus contemporáneos, el significado de la palabra «imperialismo», y así fue como el término se impuso por primera vez, remitía a la arrogante autopromoción de Luis Bonaparte al título de Emperador a imitación de su tío, y nada más. Posteriormente el término se asoció a la oleada de enfrentamientos protagonizada por los Estados europeos para adquirir nuevas anexiones coloniales durante el último cuarto del siglo XIX, acontecimientos que propiciaron que Hobson desarrollara la primera teoría seria del imperialismo. Inspirándose en gran medida en esta obra, Lenin construyó su propio análisis del mismo, que fue publicado durante la propia Primera Guerra Mundial, y que desde entonces ha sido ampliamente malinterpretado. Ello se debe en parte a que el panfleto, como él lo llamaba, que lleva el título de *Imperialismo* y fue redactado en 1916, fue concebido para su publicación en Rusia, donde tendría que pasar la censura zarista, razón por la cual no menciona en parte alguna siquiera la Primera Guerra Mundial que este ocasionó, sobre la cual Lenin solo pudo escribir con libertad en lugares como la neutral Suiza¹⁷. Como explicó cuando el texto se publicó en San Petersburgo tras la caída del zarismo: «Este panfleto fue escrito con la vista puesta en la censura zarista. De ahí que no solo me viera obligado a limitarme estrictamente a un análisis exclusivamente teórico, específicamente económico, de los hechos, sino a formular las pocas observaciones necesarias sobre política con extrema cautela, por alusiones, en un lenguaje alegórico, en ese maldito lenguaje esopiano, al que el zarismo obligaba a todos los revolucionarios a recurrir cada vez que tomaban la pluma para escribir una obra “legal”. Es doloroso, en estos días de libertad, releer los pasajes del panfleto que han sido distorsionados, encogidos, comprimidos en una mordaza de hierro a causa de la censura», advertencia habitualmente ignorada en los comentarios posteriores sobre el texto efectuados en Occidente, donde la atención se ha centrado desde entonces abrumadoramente en el argumento del panfleto recortado por el censor, que consideraría la competencia entre los grandes *trusts*, impulsados por el capital financiero para lograr el control monopólico de los mercados periféricos y de las materias primas, como el motor de la expansión imperialista sin

¹⁷ Vladimir Illich Lenin, «Preface to the French and German Editions», *Collected Works*, vol. 22, Moscú, 1964, p. 189.

saber que esta no era la piedra angular de la argumentación de Lenin, que expuso en sus intervenciones políticas de la época.

En ellas, Lenin dejó claro que no fue el capital financiero como tal, un fenómeno relativamente reciente, el que desencadenó la guerra, sino una característica estructural más profunda del capitalismo, muy anterior a la aparición de los *trusts*, que convertía la competencia económica entre las empresas en conflictos militares entre los Estados. Se trataba del *desarrollo desigual*, que fue la contribución específica y original de Lenin a la comprensión del imperialismo de su tiempo. Si, escribió, «el desarrollo desigual y las condiciones miserables de las masas son las condiciones fundamentales e inevitables y constituyen las premisas de este modo de producción», el mundo contemporáneo había visto una espectacular intensificación de este proceso¹⁸. «En general, el capitalismo está creciendo mucho más rápidamente que antes», pero este crecimiento es «cada vez más desigual»¹⁹. Era erróneo, por consiguiente, creer que «la dominación del capital financiero *suaviza* las desigualdades y contradicciones inherentes a la economía mundial, porque en realidad las *intensifica*»²⁰. Después de 1871, «Alemania creció tres o cuatro veces más rápido que Inglaterra o Francia; Japón en torno a diez veces más rápido que Rusia. No hay ni puede haber otra forma de constatar la fuerza real de un Estado capitalista que la guerra». Y esto es así porque «en el capitalismo, el crecimiento económico uniforme de las empresas individuales, o de los Estados individuales, es imposible. Periódicamente, el equilibrio perturbado únicamente es restablecido por las crisis en la industria y las guerras en la política»²¹.

Nuevo imperialismo

En Europa, Alemania había superado en el curso de unas pocas décadas a Gran Bretaña como la primera potencia industrial del continente, pero su cuota del planeta fuera del continente europeo era insignificante comparada con el imperio poseído por aquella, representando menos de la décima parte del mismo. ¿De qué otro modo podía corregirse esta

¹⁸ V. I. Lenin, «Imperialism, the Highest Stage of Capitalism (A Popular Outline)», *Collected Works*, vol. 22, Moscú 1964, p. 241; ed. cast.: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Moscú, 1985.

¹⁹ *Ibid.*, p. 300.

²⁰ *Ibid.*, p. 272.

²¹ V. I. Lenin, «On the Slogan for a United States of Europe», *Collected Works*, vol. 21, Moscú, 1964, p. 341.

disparidad, si no era en el campo de batalla? Apelar a unos Estados Unidos de Europa, como si pudiera existir concordia alguna entre las potencias rivales de la época, como hacían determinados socialistas de buena voluntad, era utópico. «El desarrollo económico y político desigual es una ley absoluta del capitalismo»²². Pocas generalizaciones históricas carecen de excepciones y Lenin se equivocó al pensar que la lógica geopolítica del desarrollo desigual era inevitablemente la guerra. Gran Bretaña pudo ceder su primacía global a Estados Unidos sin recurrir a las armas, como jamás tuvo la más mínima intención de hacerlo respecto a Alemania. Pero en la Europa de la *belle époque*, que constituía el objeto de preocupación de Lenin en ese momento, la regla que acuño resultaba pertinente.

Y lo era, sin embargo, por una razón que escapaba a su teoría y que otro pensador mayor que desarrolló una concepción original del imperialismo durante la Gran Guerra comprendió. Para Schumpeter el imperialismo tenía poco o nada que ver con el capitalismo. Los intentos marxistas de mantener lo contrario eran aberraciones: la mayoría de los empresarios aborrecían la guerra como una perturbación del comercio. El imperialismo era un fenómeno que precedía de larga data al capitalismo, como las primeras civilizaciones agrarias, todas ellas generadoras de una clase de guerreros, atestiguaban²³. Sociológicamente, el imperialismo moderno era producto de una herencia atávica de la era del absolutismo, que generaba un estrato de propietarios terratenientes inspirados por los valores del honor y la fama para quienes la guerra constituía una vocación. Se trataba de la clase que no abandonó la escena política, cuando la sociedad dejó de ser feudal, sino que continuó siendo un ingrediente vital del orden gobernante bajo el capitalismo, un estrato pertrechado de una cultura y acostumbrado a dominar de modos con los que financieros e industriales no se hallaban familiarizados. «Quien quiera comprender Europa no debe pasar por alto que incluso hoy en día su vida, su ideología y su política se hallan en enorme medida bajo la influencia de una nobleza de corte precapitalista orientada a la guerra, porque aunque la burguesía pueda imponer sus intereses en todas partes, “domina” únicamente en circunstancias excepcionales y por ende

²² *Ibid.*, p. 342.

²³ Lenin fue bien consciente de ello: «La política colonial y el imperialismo existían antes de la última fase del capitalismo e incluso antes del capitalismo. Roma, fundada sobre la esclavitud, persiguió una política colonial y práctico el imperialismo», *Collected Works*, cit., vol. 22, p. 260.

tan solo brevemente»²⁴. Los monopolios de exportación podrían beneficiarse de la agresión imperialista, pero no podrían por sí mismos impulsarla, mientras que junto con la gloria, la tierra siempre había constituido un valor básico de la cosmovisión aristocrática y el engrandecimiento del territorio un objetivo natural. La teoría del imperialismo de Schumpeter, como la de Lenin, fue elaborada durante la Primera Guerra Mundial y publicada en 1919, cuando esta había ya concluido, razón por la cual su autor fue también incapaz de mencionarla tanto por el puesto que ocupaba en la universidad como por mor de la censura del gobierno²⁵. Sus generalizaciones omnicomprendivas y su aproximación psicologista –las autocracias asirias, persas, egipcias, romanas, francesas, prusiana y rusas son vertidas, con algunas diferencias, en el mismo molde– limitarían su influencia incluso entre los propios seguidores de Schumpeter. El rango contemporáneo de su teoría era también netamente eurocéntrico, ignorando el imperialismo estadounidense de McKinley, Theodore Roosevelt, Taft y Wilson en un país privado de similitud alguna con los *ancien régimes* del Viejo Mundo²⁶. Sin embargo, dado que la lucha de 1914-1918 fue una lucha librada en el seno de Europa, el análisis de Schumpeter arroja luz sobre

²⁴ Joseph A. Schumpeter, *Imperialism and Social Classes*, Nueva York, 1955, p. 92 [ed. cast.: *Imperialismo. Clases sociales*, Madrid, 1986]. Aunque en la traducción el título de su ensayo se ha vertido en singular, su original alemán era plural «Zur Soziologie der Imperialismen», lo que permite, si no invita, a una taxonomía de su objeto de estudio.

²⁵ La inspiración que animaba el ensayo de Schumpeter era naturalmente muy distinta de la de Lenin. Como patriota austriaco, a Schumpeter le molestaban los intentos alemanes de subordinar a su aliado durante la guerra, y en 1917 confiaba en una salida pacífica independiente, como se desprende de los memorándums preparados para el emperador y su corte, que sería implementada por un «gran señor» apoyado por la totalidad de la «alta nobleza» del imperio. Véanse Joseph A. Schumpeter, *Aufsätze zur Wirtschaftspolitik*, Tübinga, 1985, pp. 269-271, y los comentarios de Richard Swedberg contenidos en *Joseph A. Schumpeter: His Life and Work*, Cambridge 1991, pp. 46-64, con mucho la mejor biografía existente sobre el economista austriaco, así como la investigación pionera de Ulrich Hedtke, artífice del Archivo Schumpeter disponible en www.schumpeter.info, y autor de sucesivos ensayos sobre sus hallazgos. Es sorprendente el grado de inconsciencia aparentemente mostrado por Schumpeter al escribir sobre la contradicción existente entre su sociología del imperialismo, abordado como un atavismo aristocrático, y el remedio que proponía para el mismo, que confiaba el mando del Estado a un grande de la nobleza austriaca, concebido a imagen de los gobernantes conservadores británicos, que habían construido con éxito una «democracia *tory*» en la que las masas sabían cuál era el lugar que ocupaban. Posteriormente, Schumpeter generalizaría esta adscripción al argumento de que únicamente el liderazgo político aristocrático garantizaría la estabilidad de la democracia capitalista.

²⁶ Durante los años posteriores pasados en Harvard, Schumpeter revisaría su veredicto sobre el atavismo militar-aristocrático del imperialismo, observando que no

la Gran Guerra de un modo paradójicamente complementario al de Lenin. Conjuntamente, conforman una combinación peculiarmente adecuada para comprender su génesis, aunque por supuesto ninguno de ambos trabajos, que eran básicamente breves bosquejos, ofrece un análisis adecuadamente documentado o completo del conflicto bélico.

Durante la primera mitad del siglo XIX, la pentarquía de las potencias que había emergido del Congreso de Viena demostró que la totalidad de sus miembros constituían construcciones imperiales en sus denominaciones y en los hechos, con la excepción de Prusia; tres de ellas extendían sus posesiones extraeuropeas sin que ello perturbara la paz de Europa por las hipotéticas fricciones que pudieran surgir entre las mismas. Durante el último cuarto de siglo, esto cambió con la llegada de lo que los historiadores han denominado el «nuevo imperialismo», esto es, el incremento concertado de su expansión a tenor del cual las potencias mayores de Europa (y las menores) compitieron por la penetración y captura de tanto territorio del planeta como pudieran ser capaces de alcanzar y controlar. Tras esta ola de apropiación se hallaba el impacto de dos avances tecnológicos: la difusión de los ferrocarriles, que reducía espectacularmente el tiempo requerido para cubrir largas distancias, y la invención del telégrafo, que aceleraba mágicamente las comunicaciones a través de estos territorios. Vastos espacios que hasta ahora habían constituido cargas, si no directamente obstáculos, para la construcción de aparatos de dominación eficaces, se hacían ahora por primera vez no solo administrativamente gestionables, sino que se convertían potencialmente en fuentes valiosísimas de proyección de poder, como demostraron los casos de Estados Unidos y Rusia²⁷. A partir de esta alteración, surgió la ideología de la *Weltpolitik*, articulada públicamente por primera vez por Hans von Bülow en el Reichstag en 1897, pero compartida por la totalidad de los Estados preponderantes de la época: la idea de que el siglo XX pertenecería a aquellos Estados que pudieran asegurarse grandes áreas de la superficie del planeta para sí mismos y solo para ellos. El impacto dinámico de esta doctrina en Europa y las prácticas subsiguientes derivadas de ella fueron lúcidamente percibidas por Paul

existía una diferencia esencial entre el imperialismo «ético» estadounidense y el imperialismo «nacional» alemán.

²⁷ Sobre este cambio, véanse en particular los textos de Richard Langhorne, *The Collapse of the Concert of Europe: International Politics 1890-1914*, Londres, 1981; *The Coming of Globalization: Its Evolution and Contemporary Consequences*, Londres, 2005; y, más recientemente, «1914 Anniversary of an Accident or a Design?», *European Review of International Studies*, vol. 2, núm. 2, verano de 2015, pp. 5-18.

Schroeder²⁸. En *The Sleepwalkers* este se halla en gran medida ausente. Clark observa, al final de su libro, que «la crisis que produjo la guerra en 1914 fue fruto de una cultura política compartida», pero no explica cuál podría ser esta²⁹, añadiendo de inmediato: «Pero la crisis fue también una crisis multipolar y genuinamente interactiva», indicando la conjunción el elemento considerado preeminente.

Imperio desmesurado

El modo en que los destinos de la periferia en el seno y fuera de Europa se hallaban íntimamente conectados se halla gráficamente ilustrado por los Balcanes. En 1878 Gran Bretaña, que había intervenido para impedir que Rusia obtuviera mayores ganancias de la desvinculación de Serbia y Bulgaria del Imperio otomano, fue retribuida con Chipre a modo de compensación, mientras que cuatro años más tarde se apoderó de Egipto, por lo cual Francia ganó la debida compensación en Túnez, lo cual fue seguido por la rebatiña generalizada en torno a África, siendo estas dos potencias europeas las que se hicieron con la parte del león de la misma, pero obteniendo también Bélgica y Alemania porciones apreciables del botín, lo cual culminó con la toma de Marruecos por Francia y la anexión de Libia en consecuencia por Italia, lo cual afectó a su vez a las Guerras de los Balcanes, que arrancaron Macedonia, Tracia y Albania del dominio otomano, sentando las bases para el desenlace de 1914. Lejos de este escenario, Estados Unidos se apoderaba de Hawái, Puerto Rico y las Filipinas, mientras Japón hacía lo propio con Taiwán y Corea y ocupaba el sur de Manchuria. Entre 1876 y 1914, señalaría Lenin, el área mundial poseída por las seis potencias coloniales se incrementó un 50 por 100, cifra que no incluía las conquistas efectuadas por Rusia en Asia central, que en su mayoría se efectuaron durante la década de 1860 y principios de la de 1870. En términos porcentuales, las mayores ganancias fueron cosechadas por Francia, cuyo territorio colonial se decuplicó, pero en términos absolutos, la situación era incomparable con la disfrutada por el Imperio británico, cuya longevidad excedía en más de un siglo, cuya superficie triplicaba y cuya población septuplicaba las correspondientes

²⁸ Véase su largo ensayo, «International Politics, Peace and War, 1815-1914», en T. C. W. Blanning (ed.), *The Nineteenth Century*, Oxford, 2000, pp. 188-200.

²⁹ Ch. Clark, *The Sleepwalkers: How Europe went to War in 1914*, cit., p. 561. Lo que Clark tiene en mente cuando habla de «cultura política compartida» es probablemente menos el marco mental general de la *Weltpolitik* que el culto de la masculinidad común a las elites que tomaban las decisiones durante ese periodo, respecto a lo cual véase pp. 358-361.

cifras francesas, siendo este proporcionalmente comparable al Imperio español de principios del siglo xvi en el sentido de que se trataba de un imperio «desmesurado» en el concierto de potencias que conformaban el sistema estatal-imperial de la época³⁰, aunque no lo resultaba estructuralmente, dada la singularidad británica entre sus pares al tratarse de una potencia marítima insular, cuya supremacía en este ámbito era global, siendo su poder terrestre más modesto.

La diferencia existente entre las potencias británica y francesa fue evidente desde la celebración del Congreso de Viena, cuando el gobierno de Londres estipuló que Gran Bretaña desempeñaría su función en las negociaciones entre los miembros de la denominada Cuádruple Alianza que había derrotado a Napoleón, únicamente con la condición de que su dominio marítimo no estuviera sujeto a discusión. Las áreas terrestres podrían ser parceladas como desearan los vencedores; los océanos eran solo para Inglaterra. Cuando a su debido tiempo la *Weltpolitik* se convirtió en la sabiduría de la época, Gran Bretaña se afanó con denuedo para obtener territorio, siendo la única potencia colonial en combatir guerras totalmente modernas para conseguir la victoria de un extremo de África al otro, de Sudán al Transvaal. El dirigente responsable de las mismas Lord Salisbury, era tan escéptico del valor de las colonias como lo era Bismarck y en general más irónico; sin embargo, bajo su mandato estas crecieron como no lo habían hecho desde los tiempos de Pitt el Viejo. Grey, un ardiente partidario de la expedición de Kitchener a Jartum y del intento de Milner de aplastar «el malvado régimen de Kruger» estaba hecho de otra pasta. Excitado ante las noticias de la lucha contra los boéres, sintió «un escalofrío por la espalda»: en «una guerra por la libertad» más enardecedora que las obligaciones menores atendidas en la frontera noroeste del Nilo, era como si «no tuviéramos derecho a permanecer dónde estábamos y continuar charlando» y debiéramos luchar en persona³¹, llegando a sostener en su momento los campos de concentración creados por Kitchener para el enemigo, cuando estos fueran necesarios. Al tomar posesión de su cargo, fue el primer ministro de Asuntos Exteriores de Europa en sentirse orgulloso de haberse denominado a sí mismo explícitamente imperialista, naturalmente un imperialista liberal. Nunca había puesto un pie en el continente europeo y la única lengua que conocía era el inglés. La única vez que abandonó

³⁰ Perry Anderson, *Lineages of the Absolutist State*, Londres, 2013, pp. 60-61; ed. cast.: *El Estado absolutista*, Madrid, 1979.

³¹ T. G. Otte, *Statesman of Europe*, Londres, 2020, p. 155.

el país fue para efectuar un viaje por las Indias Occidentales en misión oficial ordenada por Chamberlain para inspeccionar el área imperial del Caribe. Pero él sabía lo que significaba el área subcontinental del mismo para su clase —«El orgullo de Inglaterra se quebraría si se perdiese la India»— y en consecuencia construyó su diplomacia en torno a la prioridad de mantenerla. Clark se equivoca al sugerir que «parece que [Grey] se preocupó poco por el Imperio británico»³².

En la desproporción existente entre el enorme tamaño de las posesiones acumuladas por Gran Bretaña y el dominio de los mares que lo aseguraban, y la superior eficiencia, tecnología, crecimiento y rendimiento militar de Alemania radicaba la carga más explosiva de desarrollo desigual presente en Europa, como no pocos contemporáneos, sin comprender la idea o conocer el término, percibieron. Pero no se trataba de una tensión que simple y unívocamente condujera a una guerra mundial. Para que ese resultado se produjera, era preciso que un desarrollo desigual de otro tipo se pusiera en funcionamiento. La economía y el ejército más avanzados del continente tenían que hallarse ligados a lo que era estructuralmente la entidad política más arcaica entre las grandes potencias. Clark demuestra persuasivamente el éxito de los Habsburgo a la hora de modernizar durante las últimas décadas de su existencia su administración, su industria y su agricultura, su nivel educativo y médico, e incluso buena parte de su sistema electoral. Sin embargo, infravalora no obstante el factor que se había convertido a principios del siglo xx en una anomalía insuperable y en una fragilidad latente, que consistía en su condición de ser una pura estructura dinástica compuesta por una pluralidad de nacionalidades, ninguna de las cuales poseía el peso dominante suficiente como para mantener unido el imperio como sistema político o social. Fue esa última peculiaridad la que separaba al Imperio austro-húngaro del Imperio ruso, e incluso del Imperio otomano, una vez que la amputación de sus provincias balcánicas y árabes lo convirtieron en Turquía.

³² Ch. Clark, *The Sleepwalkers: How Europe went to War in 1914*, cit., p. 201. Al final de su mandato, Grey supervisó las operaciones del Raj para obstaculizar a Rusia y engañar a China en el Tíbet en la Conferencia de Simla. En ella, dicho con las palabras de un gran historiador, las maniobras británicas «acabaron en una chirigota», cuyos efectos a largo plazo —la línea McMahon, escenario de la Guerra sino-india de 1962, que todavía sigue en disputa hoy, fue un subproducto de la conferencia— únicamente podrían describirse como «algo parecido a un desastre», Alastair Lamb, *The McMahon Line: A Study in the Relations between India, China and Tibet 1904-1914*, vol. II, Londres, 1966, pp. 519, 589.

El historiador que vio esto más claramente y escribió sobre ello más elocuentemente, fue Laurence Lafore, que no aparece citado en *The Sleepwalkers*. En la totalidad del resto de Europa, los Estados podían apelar en 1914 al nacionalismo como fundamento para la identificación o el apoyo popular. Incluso allí donde las monarquías de corte más conservador permanecían intactas, el Estado-nación se había convertido en un rasgo de modernidad. El Estado habsbúrgico era el único que no podía apelar a tal identificación, siendo además vulnerable no solo a la agitación de las nacionalidades presentes en su seno, sino también a las acciones intrusivas de Estados menores que compartían o afirmaban compartir una identidad étnica con las mismas. «Mientras que las grandes potencias podrían ser excusadas por interferir educadamente en los asuntos de los pequeños Estados, Austria-Hungría era en 1914 la única entre ellas en cuyos asuntos interferían estos. El sistema [internacional] carecía de procedimientos para gestionar una situación similar»³³. Finalmente, las elites habsbúrgicas cogieron el toro por los cuernos en un último y desesperado intento de resolver el asunto. Obligada por los tratados existentes a ayudar a Austria-Hungría, Alemania, tradicionalmente no familiarizada e impaciente ante las disputas libradas en los atrasados Balcanes, no se percató de las probables consecuencias de comportarse como lo hizo; Rusia, Francia e Inglaterra se comportaron de modo similar en sus reacciones a la condensación de contradicciones imperialistas en el sudeste de Europa, cuando las formas y las fuerzas modernas y premodernas se fusionaron en Sarajevo. El desarrollo desigual había provocado una reacción en cadena situada más allá de cualquier tipo de control colectivo.

¿Sonámbulos?

Si bien el legado de la fractura balcánica puesta en evidencia en el Congreso de Viena y el *Sprengstoff* [material explosivo] dual conformado por la fusión del desarrollo desigual presente en el sistema de imperios al cual dio lugar se hallan ausentes de *The Sleepwalkers*, ello no significa que se hallan en contradicción con el texto. Las cosas son diferentes en lo referido a la tercera crítica que puede hacerse de la versión presentada por Clark de los orígenes de la Primera Guerra Mundial, la cual tiene relación con dos rasgos interrelacionados de su estudio: su título y sus conclusiones. ¿Eran los políticos y generales que condujeron a

³³ Laurence Lafore, *The Long Fuse: An Interpretation of the Origins of World War I*, Philadelphia (PA), 1965, p. 57.

sus países al abismo realmente tan sonámbulos e inconscientes de lo que estaban haciendo? ¿Podría haberse evitado ese abismo? El título del libro no logró persuadir a un buen número de historiadores, algunos en absoluto convencidos por la argumentación de Clark, otros abiertamente admiradores de la misma. Hew Strachan, un sobrio adherente a la ortodoxia de la Entente, comentó: «Denominar sonámbulos a los principales actores es sugerir que no eran conscientes de lo que estaban haciendo, que no tenían una concepción cabal de la guerra y de sus peligros y que no percibieron ni comprendieron la seriedad del asunto que se traían entre manos. La amarga paradoja es que todos ellos conocían suficientemente bien todas estas cuestiones, pero que, aun siendo conscientes de ellas, no pudieron, sin embargo, controlarlas»³⁴. Gordon Martel, un mordaz crítico del libro, ha ido más allá. El título es «una de las muchas contradicciones situadas en el corazón del libro de Clark. La imagen de los sonámbulos, seres privados de control, inconscientes de lo que están haciendo, colisiona con su premisa de que quienes tomaron las decisiones decisivas “caminaron hacia el peligro dando pasos meditados y calculados”, que precipitaron en la toma de las mismas “teniendo presentes objetivos conscientes”. En su determinación de absolver a Alemania y Austria de su responsabilidad Clark vuelve a una concepción popularizada por los revisionistas de la década de 1920. Sus opiniones no chirriarían con *Die Kriegsschuldfrage* y habrían sido aplaudidas por Max Montgelas y sus editores afines»³⁵. Desde el campo opuesto, Thomas Laqueur, para quien *The Sleepwalkers* «no es solo el mejor libro sobre los orígenes de la Primera Guerra Mundial que yo conozco, sino también un brillante e intelectualmente refrescante modelo de escribir historia más en general», se muestra en desacuerdo con la idea de que los actores de esta historia puedan ser considerados sonámbulos «ciegos ante los horrores que estaban a punto de infligir al mundo»³⁶. A este respecto Clark se equivoca en lo que atañe a la cuestión esencial: página tras página de su propia narrativa demuestra lo contrario. Paul Schroeder, finalmente, efectúa el juicio más tajante. Acepta que ninguno de los máximos responsables de la toma de decisiones eran partidarios acerbos de la guerra, pero la imagen de los sonámbulos invita a la confusión. El sonambulismo es un comportamiento inconsciente, esto es, «el de una persona que se despierta en medio de la noche y se encuentra en

³⁴ Hew Strachan, «The Origins of the First World War», *International Affairs*, vol. 90, núm. 2, marzo de 2014, p. 435.

³⁵ Gordon Martel, *American Historical Review*, vol. 120, núm. 2, junio de 2015, p. 953.

³⁶ Thomas Laqueur, «Some Damn Foolish Thing», *London Review of Books*, 5 de diciembre de 2013.

medio de la calle sin saber cómo se ha levantado de la cama ni por qué lo ha hecho. Este no era ciertamente el modo en que los actores jugaron el juego internacional antes de la Primera Guerra Mundial». La metáfora más adecuada sería decir que estos actores se encaminaron hacia el desastre, que los engulló a todos ellos, «con los ojos cerrados», utilizada esta expresión en el sentido de un modo de hacer que no presenta dificultad alguna para quien lo realiza³⁷.

La réplica de Clark a estas objeciones fue doble. Él nunca había dicho que los responsables de la toma de decisiones de 1914 actuaran inconscientemente. «Por el contrario, no dejaron en ningún momento de tramar y calcular, diseñando futuros virtuales y ponderándolos entre sí». Los había denominado sonámbulos no porque estuvieran dormidos o no fueran conscientes, sino porque había sido sorprendido por «la cordedad de su visión». Es cierto que «el título invita a hacer parodia del libro, dada la posible deliberada incompreensión de la metáfora»³⁸. Pero, segunda defensa de Clark, determinados líderes políticos de Europa no cometieron ese error. El actual presidente de Alemania Frank-Walter Steinmeier, «un atento lector de historia», había citado el título como una lección que invitaba a la prudencia y la circunspección en las relaciones internacionales, al igual que había hecho Helmut Schmidt. En Francia, François Hollande y Emmanuel Macron habían hecho el mismo uso del mismo. Al igual que en Grecia lo había hecho Yanis Varoufakis. «Estas eran lecturas del argumento del libro que puedo aceptar, porque dan cuenta de la complejidad de la etiología avanzada en el mismo»³⁹. ¿Zanjan el asunto estas respuestas? Ciertamente las explicaciones de Clark de lo que quería decir con su título se hallan próximas a la corrección de Schroeder del mismo, privado de su filo o de su amplitud. Sin embargo, sigue abierta la cuestión de si el uso de una metáfora sin elucidación o garantías en el texto, que es fácil de malinterpretar, constituía la mejor opción para convertirse en el título del libro. La apelación al uso del mismo por los políticos, inherentemente atraídos por las expresiones incisivas, no supone una justificación del mismo.

La dificultad más seria radica en la sugerencia efectuada al principio y al final del libro, que es substantiva en lugar de metafórica. *The*

³⁷ Paul Schroeder, *World War I and the Vienna System: The Last 18th Century War and the First Modern Peace*, manuscrito no publicado, p. 28.

³⁸ Christopher Clark, «Brexiteers, Revisionists and Sleepwalkers», en *Prisoners of Time: Prussians, Germans and Other Humans*, Londres, 2021, p. 215.

³⁹ *Ibid.*, pp. 222-223.

Sleepwalkers, afirma Clark, se «ocupa menos de por qué se produjo la guerra que de cómo se desplegó». El primer planteamiento trae aparejado un «efecto» distorsionador, porque «crea la ilusión de una presión causal paulatinamente conformada», que reduce a los actores políticos a meros vectores de fuerzas situadas más allá de su control. El segundo, por el contrario, al detenerse minuciosamente en las «secuencias de interacciones» acaecidas entre «quienes tomaron las decisiones» que generaron los resultados correspondientes, se halla necesariamente «saturado de agencia». Considerar a quienes toman las decisiones como agentes permite «que las cuestiones del *por qué*, por así decir, crezcan naturalmente a partir de las cuestiones del *cómo* en vez de que la secuencia proceda en sentido inverso»⁴⁰. En el uso común, el agente se halla habitualmente acompañado por un adjetivo particular y así hablamos, por ejemplo, de un «agente libre»: libre de escoger entre alternativas. Así pues, es natural que comenzando por poner de relieve la agencia, Clark concluya insistiendo sobre la contingencia, una perspectiva inspirada, como afirma en otro lugar, por Holger Afflerblach: el sentido de que los acontecimientos no tenían que acontecer como acontecieron, ya que, si otras decisiones que eran posibles se hubieran tomado en 1914, la guerra podría haberse evitado. «He intentado estar atento al hecho de que las personas, los acontecimientos y las fuerzas descritas en este libro portaban en su seno las semillas de otros futuros quizá menos terribles»⁴¹.

Contingencia y orígenes

¿Resulta realmente persuasivo este modo de dotar de marco al libro? En la mayoría de los casos, Clark se muestra cuidadoso de no comprometerse categóricamente con las tesis de que la Primera Guerra Mundial podría no haberse producido⁴². Clark habla simplemente del «mérito de

⁴⁰ Ch. Clark, *The Sleepwalkers: How Europe went to War in 1914*, cit., pp. xxvii-xxviii.

⁴¹ *Ibid.*, p. xxix.

⁴² Hay una excepción, que se cuela mediante una frase subordinada, contrabalanceada por la frase principal que la sigue: «Aunque resulta importante comprender que esta guerra podría fácilmente no haber sucedido y por qué, esta intuición debe ser reequilibrada mediante la dilucidación de por qué y cómo de hecho sucedió», Ch. Clark, *The Sleepwalkers: How Europe went to War in 1914*, cit., p. 362. El verbo «comprender» afirma, sin ambigüedades, que se trató de un golpe de fortuna, pero el adjetivo demostrativo «esta» colocado antes de guerra autoriza la interpretación incontrovertida de que fue únicamente una casualidad –que Princip, que ni siquiera apuntaba al Archiduque, le acertara en vez de errar su disparo– lo que detonó la Gran Guerra *ese verano*, sin que ello aminore la probabilidad cuasi cierta de que en todo caso se produjera el estallido de una guerra interimperialista de modo inmediato.

abrir lo sucedido a un elemento de contingencia» sin especificar cuál podría ser este, ni cual su dimensión, grande o pequeña. La implicación de ello, sin embargo, es probable que sea obviamente considerable. ¿Por qué otra razón consideraría Clark la insistencia en la misma «altamente inspiradora»?⁴³. Pero, ¿convinciente? *The Sleepwalkers* no dilucida la cuestión. En el flujo de su narrativa, el problema como tal no se plantea. Pero su curso apunta en otra dirección. Basta con plantear determinadas cuestiones contrafácticas para evidenciar que esto es así. En esa época, ¿podría el orden social de Europa haber protegido a sus elites, sus hábitos y sus cosmovisiones de la penetración de todo aquello que Arno Mayer denomina la «persistencia del antiguo régimen»? ¿Han renunciado las grandes potencias a sus objetivos imperiales? ¿Abjuran los diplomáticos de las alianzas militares? ¿Se ha igualado el desarrollo económico? ¿Se han distribuido de modo equitativo las posesiones de ultramar?

Por supuesto que no, podría replicar alguien, pero, ¿por qué han conducido a una guerra europea que ninguna potencia buscaba deliberadamente y que todas tenían razones para temer y que hasta el momento había sido evitada? La respuesta a esta pregunta no constituye un misterio. A los efectos actuales, la misma puede resumirse en tres contundentes hechos de los años prebélicos: el fiasco de los sucesivos conclave para promover la paz; la convicción expresada, con frecuencia con gran antelación, por políticos en activo prácticamente en todos los países relevantes de que la guerra era inevitable y por sus generales de que cuanto antes se produjera, mejor; y, finalmente, y de modo más decisivo, el ritmo acelerado y la secuencia exponencial de las crisis internacionales que o bien habían amenazado o bien habían provocado guerras durante los últimos ocho años de paz. En cuanto al primer hecho, el sonoro fracaso de las dos Conferencias de La Haya, la primera (1899) convocada por el zar ruso, la segunda (1907) por el presidente estadounidense, para lograr algún tipo de acuerdo común, habla por sí mismo. En cuanto al segundo, en 1908 el político considerado por sus homólogos más devotamente comprometido con la paz, Sir Edward Grey, pudo confesar a un íntimo que todas y cada una de las naciones, si fueran lo suficientemente fuertes, lanzarían una guerra digamos cada cuarenta años. «Lo hicimos nosotros en torno a cuarenta o cincuenta años después de la Guerra de Crimea y lo hizo también Rusia, al igual que Estados Unidos prácticamente cuarenta años después de su Guerra Civil»⁴⁴. Y es probable

⁴³ Ch. Clark, *Prisoners of Time: Prussians, Germans and Other Humans*, cit., p. 219.

⁴⁴ Escrito en 1908, véase Keith Wilson, *The Policy of the Entente*, Cambridge, 1985, p. 17.

que este criterio se cumpla también en el caso de Alemania, casi cuatro décadas después de la conclusión de la Guerra Franco-Prusiana. Al otro lado del canal, cunden abundantes ejemplos –Bethmann, Poincaré y Sazonov entre otros– de un fatalismo no muy distinto en cuanto a la inevitabilidad de una gran guerra en Europa, mientras que entre los respectivos altos mandos de todo ejército respetable proliferaban cándidas declaraciones en pro de un positivo deseo de guerra, librada en el momento propicio, pronunciadas por Joffre, Moltke, (Henry) Wilson, Hötzendorf o Sukhomlinov; todos prediciendo la victoria sin especificar el lapso de tiempo que se invertiría en conseguirla. En cuanto al tercero de los hechos referidos, tras contemplar la guerra contra Marruecos en 1906, Gran Bretaña amenazó con declararla de nuevo en 1911, Alemania hizo lo propio amenazando a Rusia por razones ligadas a Bosnia en 1911, Italia invadió Libia en ese mismo año, Rusia fomentó dos guerras en los Balcanes en 1912-1913 y Austria declaró la guerra a Serbia en 1914. Para cuando se enterraba al Archiduque, en menos de una década todos y cada uno de los miembros que conformaban la pentarquía del Congreso de Viena habían iniciado hostilidades o habían estado a punto de hacerlo. La Primera Guerra Mundial, observó Keith Wilson, golpeó a Europa, porque «ninguna gran potencia, ningún régimen, ningún consejo de ministros, se hallaba preparado para domeñar las inclinaciones, tendencias o pretensiones imperiales»⁴⁵. Si Princip hubiera fallado en Sarajevo, ¿habría cesado Serbia de pretender el desmembramiento del Imperio habsbúrgico o Austria-Hungría la ruptura de Serbia, o Rusia el castigo de Austria? ¿Habría abandonado Alemania la *Weltpolitik*, Francia sus esperanzas de vengar Alsacia y Lorena o Inglaterra su dominio de los mares? Los pensamientos de este conjunto de Estados que anticiparon la Liga de las Naciones, sin sus fracasos, o la Unión Europea, sin sus guerras, no son escenarios contrafácticos creíbles. Si la Gran Guerra no hubiera estallado en 1914, más pronto que tarde lo hubiera hecho indefectiblemente.

El hecho de que Clark pueda no afirmar pero sí dejar flotar la idea de que esta fue de algún modo aleatoria, responde a la prioridad atribuida al cómo sobre el por qué en el rastreo de sus orígenes. La enorme ganancia que esta elección aporta a *The Sleepwalkers* es evidente: ningún otro análisis de la senda que condujo a la Primera Guerra Mundial se le aproxima ni por detalle ni por complejidad. Pero, innegablemente, ello implica un coste cuando se plantea abordar los *orígenes* de la guerra,

⁴⁵ Keith Wilson, *Problems and Possibilities: Exercises in Statesmanship 1814-1918*, Stroud, 2003, p. 203.

que no es la misma cosa. Pegándose con tanta minuciosidad a las acciones de los individuos y al tren de los acontecimientos que derivaron de ellas, corre el riesgo de lo que podríamos denominar «la ilusión de la inmediatez», que cabe enunciar así: dado que un conjunto de agentes habitualmente tiene a su disposición un determinado menú de opciones alternativas, sus decisiones parecen contingentes, ya que podrían haber actuado de otro modo. Históricamente, hay casos en los que este planteamiento opera cabalmente. Pero la Primera Guerra Mundial no es uno de ellos. Tácitamente, el modo en el que Clark contrasta el «cómo» respecto al «por qué» de la misma, la agencia inmediata y la causalidad remota, contraponen la libertad de una contingencia existencial a la fuerza de una necesidad histórica. Estas, sin embargo, no son incompatibles. Los actores pueden escoger libremente dentro de los términos de referencia en los que se mueven sin ser conscientes de lo que gobiernan estos. Clark, como se ha afirmado profusamente, escribe con la narrativa y las habilidades estilísticas de un consumado novelista. Quizá paradójicamente, sin embargo, cabe afirmar que hubiera sido un novelista quien podría haberle proporcionado una mejor defensa de su título, aunque ello habría requerido una modificación de su prefacio.

La trilogía escrita por Hermann Broch entre 1931-1932 también se tituló *Los sonámbulos*, pero el significado de su título no era el mismo. Al hilo de la reconstrucción de las vidas de tres individuos muy diferentes entre sí desenvuelta entre la conclusión del dominio de Bismarck y el último año de la Primera Guerra Mundial, cada una de cuyas historias está dotada de una forma literaria propia, Broch produce una siniestra premonición del nazismo poco antes de que este se encarama al poder. Sus tres personajes son sonámbulos, porque mientras vivían sus dramas privados o semiprivados, ninguno de ellos sabía hacia dónde se estaban moviendo ciegamente. Motivos y acciones conscientes de todo tipo aparecen en todo su esplendor, al igual que la dirección indefectible de un mundo del cual sus agentes eran inconscientes, en el necesario otro sentido de la palabra.

2. 1848-1849

Una década después, *Revolutionary Spring*, la historia escrita por Clark de los levantamientos de 1848-1849, comparte muchas de las más memorables cualidades de *The Sleepwalkers*, pero también trae otras que

producen sorpresas. Como su predecesor, el libro ofrece una narrativa literaria brillante, cuajada de intuiciones conceptuales sorprendentes. Se halla también informado por un fuerte sentimiento personal, mantenido bajo un férreo control. Pero la emoción difiere, como hace lo que proviene de ella. *The Sleepwalkers* no lo mostraba explícitamente, pero se hallaba marcado evidentemente por la revulsión ante la catástrofe de la Primera Guerra Mundial y el disgusto por la exégesis de sus vencedores: repugnancia ante lo que sucedió y ante los modos en que todavía ello se justifica. Por el contrario, *Revolutionary Spring* muestra una cálida simpatía por quienes se levantaron contra los gobernantes a mediados de siglo y admiración de las causas por las que combatieron: solidaridad con el sufrimiento y coraje. Uno de los libros es una historia crítica escrita desde arriba, abordando las elites que decidieron los destinos de aquellos a quienes gobernaban; el otro es esencialmente una historia desde abajo, cuyo objeto de atención lo constituyen los rebeldes que se rebelaron contra los destinos a ellos asignados. El objeto de análisis de ambos libros ofrece también una diferencia de escala. El primero analiza tan solo los seis beligerantes de 1914. El segundo cubre el continente, países grandes y pequeños por igual, de Dinamarca a Sicilia, de Irlanda a Polonia, tarea que requiere un dominio incluso mayor de las lenguas de Europa. Su dedicatoria proviene de un párrafo de la *Kalevala*, el relato épico de Finlandia, presentado en su lengua original; sus fuentes incluyen textos en húngaro, rumano, turco. Un incremento en la escala de la investigación y en la composición se desprende de todo ello.

El deleite de los dones visuales y el alcance cultural se cuentan entre los restantes atractivos del trabajo. «*Revolutionary Spring* vibra de poesía, novelas, memorias y cuadros», escribió Alexander Zevin en *The New York Times*. «Clark es raptado por el color, el sonido y los ropajes. Debe haber más sombreros per cápita aquí que en cualquier otro estudio de 1848, de los afelpados sombreros de copa burgueses a los gorros frigos tocados con la escarapela tricolor y los sombreros negros calabreses, caracterizados con largas plumas rojas, preferidos por los estudiantes rebeldes»⁴⁶. Lynn Hunt, escribiendo en *The New York Review of Books*, ha observado que permaneciendo «deliberadamente concentrado en los detalles» de su historia, «estos cobran vida en su escritura, que es simultáneamente absorbente y propulsiva, no muy distinta de una novela de Charles

⁴⁶ Alexander Zevin, «The Only Revolutions that Matter», *The New York Times*, 13 de junio de 2023.

Dickens o Victor Hugo»⁴⁷. Los poetas –Herwegh o Pet fi– son actores del drama, Heine testigo de un prelude al mismo, mientras un epígrafe de Brecht pone broche a su conclusión.

El libro se compone de cuatro partes: Europa antes de las revoluciones de 1848; el carácter y el curso de las propias revoluciones; las contrarrevoluciones que pusieron fin a las mismas; y las consecuencias de estos levantamientos. El cambio de registro comparado con *The Sleepwalkers* adquiere un giro gráfico desde el principio, dado que la Europa pre-revolucionaria se abre con un capítulo sobre la «cuestión social», que presenta una detallada etnografía de las divisiones de clase vigentes en la década de 1830 en la que se exponen minuciosamente las condiciones materiales en las que vivían los pobres y la clase obrera precaria en las zonas rurales y en las ciudades para acabar con la descripción de una revuelta campesina en Ucrania contra los terratenientes polacos, que a su vez combatían al Estado austriaco en la triple explosión acaecida en Galitzia en 1846. Sigue un capítulo que aborda las «formaciones ideológicas amorfas» del periodo, que abre con una maravillosa sección sobre la audacia de las pensadoras profeministas de la época: Claire Démar, Suzanne Voilquin, Jeanne Deroin, Flora Tristan⁴⁸. Prosigue después con el análisis de las ideas de liberales, radicales y conservadores, que vienen aderezadas con muestras de su religiosidad o de su patriotismo; (fundamentalmente) metafórico y (mucho menos frecuente) consistentes en denuncias literales de la esclavitud. En general, un batiburrillo de concepciones con pocas delimitaciones claras entre las mismas.

A continuación llega la Revolución de Julio de 1830, que estalla en París provocada por las protestas burguesas –abogados y periodistas destacan en las mismas– contra la suspensión de la constitución por Carlos x y combatida hasta la victoria por los trabajadores en las barricadas. Lo que esta produjo fue la monarquía orleanista y una asamblea férreamente censitaria, que encarnaba los intereses del *juste milieu* moderado, que en 1832 y 1834 aplastó a los trabajadores en revuelta porque no habían ganado nada con el cambio. Como consecuencia de estos acontecimientos se conformó en Europa una «extrema izquierda» estructuralmente débil, pero cada vez más radical personificada en figuras como Buonarroti,

⁴⁷ Lynn Hunt, «The Orphan among Revolutions», *The New York Review of Books*, 5 de octubre de 2023.

⁴⁸ Ch. Clark, *Revolutionary Spring: Fighting for a New World 1848-1849*, cit., pp. 104-109.

Blanqui o Büchner. En Italia, Mazzini emergió como un propagandista de genio, comprometido con la violencia conspiratoria pero no con la revolución social; en Alemania, Robert Blum se presentó como un capaz orador-obrero republicano; en Hungría, Kossuth lo hizo como un fiero periodista. Al mando de las respectivas sociedades en las cuales estas figuras desplegaron su actividad se perfilaban diversas versiones complacientes de represión oligárquica o autocrática conformadas por los distintos mundos de Guizot, Metternich o Pio Nono, ninguno de los cuales permitió espacio alguno para la iniciativa popular. En un centro urbano tras otro, el descontento crecía de modo gradual.

Levantamientos

En 1848 venció el plazo de la mano de una cadena de erupciones volcánicas acaecidas a lo largo de Europa, que comenzaron no en París sino en Palermo. Ahí corrieron noticias en enero que anunciaban la inminencia de un levantamiento contra la monarquía borbónica con la esperanza de que realmente este se produjera. Las multitudes, intrigadas por comprobar si tal cosa sucedía, se reunieron en distintas ubicaciones y la lucha estalló contra un régimen detestado igualmente por los notables y los pobres sicilianos. Cuando los refuerzos reales enviados por mar no lograron retomar el control de la isla, mientras las presiones liberales y radicales se intensificaban también en el continente, a final de mes Fernando II se apresuró a prometer una constitución⁴⁹. En París, cuenta Clark, partidarios de los insurgentes sicilianos hicieron correr las noticias, pero el levantamiento que estalló en la capital francesa el 22 de febrero, cuando fue prohibido un banquete liberal convocado para ejercer presión sobre el asunto de la reforma electoral, no exigió de estímulo alguno proveniente del exterior. Las multitudes que esperaban una ocasión festiva se levantaron tras su prohibición y las tropas presas del pánico abrieron fuego contra ellas, pero cuando la Guardia Nacional burguesa comenzó a confraternizar con un *menu peuple* furioso, Guizot presentó su dimisión y Luis Felipe huyó del país, declarándose la segunda República francesa. Como en 1830, en tres días estaba todo resuelto. El impacto en Austria, Hungría, Prusia y Lombardía fue inmediato. Tras un día de manifestaciones y de luchas en Viena, Metternich se puso a buen recaudo en Londres el 13 de marzo. Los reformistas se hallaban al frente de un gobierno magiar el 17 de marzo. El estallido de

⁴⁹ *Ibid.*, pp. 265-278.

fieros combates en las calles de Berlín, cuyas bajas decuplicaron las de Viena, forzaron al rey de Prusia a retirar su ejército de la ciudad el 19 de marzo. Una insurrección armada había expulsado a las tropas austriacas de Milán el 27 de marzo⁵⁰. Las ciudades de menores dimensiones de Alemania e Italia fueron testigo de escenas similares. En junio la revolución había alcanzado Bucarest. Si Inglaterra permaneció al margen, sostiene Clark, ello se debió en parte a que la emergencia del cartismo otorgó tiempo a sus gobernantes tradicionales para introducir medidas sociales que amainaron el descontento, pero también, y ello tiene mayor peso, porque para 1848 estas habían construido la red policial más densa de Europa para suprimir la sedición; entretanto en España el régimen de Narváez rápidamente sofocó los primeros fuegos de protesta en Madrid⁵¹.

¿Qué lograron los levantamientos de 1848? Estos levantamientos formaron gobiernos, careciendo de mucha o no teniendo ninguna experiencia previa en el manejo de los mismos. Eligieron parlamentos –aunque solo en Francia por sufragio universal masculino– «organismos pesados» preocupados por su propia dignidad, desprovistos de todo carisma revolucionario o esplendor tradicional. De modo más duradero, estos levantamientos proclamaron toda una gama de nuevas constituciones, estando la carta danesa todavía vigente a día de hoy. ¿Emancipación? «La tarea de nuestro tiempo» de acuerdo con Heine, ya en la década de 1820. Pero aunque la esclavitud fue abolida por la Segunda República francesa, en realidad no se extinguió en parte alguna del Caribe ni en el resto de las colonias. ¿Mujeres? A pesar de todas las contribuciones de mujeres brillantes a la nueva escena, el patriarcado permaneció inmovible. Los judíos obtuvieron derechos civiles; en Valaquia los gitanos locales fueron liberados legalmente, pero acabaron convertidos en esclavos. Entre estos grupos diversamente oprimidos no se produjo, sin embargo, fusión alguna de corrientes en pro de la liberación.

Tras describir el estallido de estas revoluciones y sus efectos inmediatos, Clark divide su caída en dos fases, «entropía» y «contrarrevolución», entendiendo por el primer término la pérdida de impulso político y por el segundo su destrucción por la fuerza armada. Ya en abril, la marea refluyó contra la izquierda en Francia, como mostraron las elecciones a la Guardia Nacional y a la Asamblea Nacional. Idéntico vector

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 295-331.

⁵¹ *Ibid.*, pp. 336-342.

de comportamiento es constatable en Berlín. En Viena el flujo de los acontecimientos operó en sentido inverso, obligando el impulso popular a que la corte abandonará la ciudad, si bien para su propia ventaja, dado que la composición pluralista del Imperio habsbúrgico le concedió espacio para reagruparse en entornos provinciales más amigables para preparar su regreso, disfrutando para ello de una libertad de acción de la que carecieron otros antiguos regímenes. En Baden, entretanto, un intento de insurrección republicana fracasó en las zonas rurales, poniendo en evidencia el elevado grado de desconexión existente por doquier entre los radicales urbanos y el campesinado. Los impulsos nacionales, capaces inicialmente de fortalecer la causa revolucionaria, también llegaron a la postre a dañarla, ya que mientras los primeros pudieron movilizar fuerzas de progreso laxamente definidas, también pudieron dividir las rápidamente, como demuestra el hecho de que las dinastías fueran capaces de jugar con las tensiones existentes entre los grupos étnicos en los territorios habsbúrgicos, en Schleswig-Holstein o en Pomerania, e incluso de manipular las fricciones subnacionales en Italia. El nacionalismo, en opinión de Clark «la experiencia más difundida, emocionalmente intensa y contagiosa de las revoluciones», se convirtió con extrema facilidad en un peligro para las mismas, pudiendo compararse en su opinión al efecto que la heroína ejerce sobre un adicto en el sentido de que produce «estados de elación inolvidables y una predisposición increíble a arriesgarlo todo», al tiempo que es susceptible de destrozarse la afinidad y la camaradería entre los oprimidos y de ofrecer a los opresores innumerables oportunidades de enfrentar a estos ente sí⁵².

La «entropía» concluye con la exposición de los días de junio en París: un levantamiento popular contra la decisión de la Asamblea Nacional de cerrar los Talleres Nacionales establecidos en marzo para proporcionar empleo a los desempleados y a los pobres, era aplastado con una feroz violencia militar por un veterano de la represión colonial en Argelia. Aunque los efectivos de la Garde Mobile que dispararon contra las barricadas habían sido reclutados entre los mismos estratos de artesanos y trabajadores que los insurgentes situados al otro lado de las mismas, Clark reivindica la concepción de Marx de que el salvajismo de la represión supuso el fin de un mito, el mito «del sueño de un frente revolucionario unido bajo la bandera del sufragio universal», que únicamente podía sostenerse poniendo entre paréntesis las demandas sociales, que habían aupado la revolución al poder. «El triunfo de la libertad, la propiedad y

⁵² *Ibid.*, pp. 540-548.

el orden fue el triunfo de una fuerza sobre la otra. Los fuegos artificiales retóricos de Lamartine se metamorfosearon en los cañonazos absolutamente reales de junio»⁵³.

Contrarrevoluciones

Las revoluciones de 1848 habían comenzado en el reino de Nápoles. Las contrarrevoluciones que les pondrían fin también lo hicieron allí. A mediados de mayo, las multitudes que todavía ejercían presión en pro de la reforma constitucional en la capital siciliana fueron destrozadas por los Guardias suizos, declarándose a continuación la ley marcial, a la que siguió la represión implacable de la disidencia, todo lo cual aseguró la reconquista de Sicilia en septiembre por las tropas borbónicas. La facilidad y la eficiencia de esta liquidación de la revolución en el sur de Italia tuvo un profundo impacto en Europa, a diferencia de lo que había sucedido con su revolución pionera, lo cual envalentonó a quienes detestaban los cambios de régimen de la primavera precedente, pero habían temido oponerse a los mismos abiertamente. En Praga la revolución de Bohemia cayó en junio ante las tropas del príncipe Windischgrätz. Le siguió Lombardía en julio de la mano de Radetzky, que destruyó el ejército piemontés que los patriotas habían constituido en Milán en ayuda del gobierno provisional lombardo y se hizo con el control de la ciudad en agosto. Más al este, el noble croata Jelačić se ponía en septiembre al frente de un ejército leal a los Habsburgo contra los húngaros, mientras las intervenciones otomanas y rusas, la primera a instancias de la segunda, a la que después sometería a su poder, destruían la revolución valaca. En Viena, donde, como en París, las protestas contra la reducción del gasto público de emergencia por un ministro conservador habían conducido a un choque sangriento en agosto, el poder pasó a una coalición radical de obreros y estudiantes en octubre, que fue barrida a final de mes por Windischgrätz. Blum fue ejecutado y el joven Francisco José nombrado emperador de los Habsburgo. En diciembre Francia representó su propia versión, adecuadamente electoral, del escenario europeo con la abrumadora victoria de Luis Napoleón en las urnas para ocupar el puesto de presidente de la República francesa. Para el campesinado, la clase media y gran parte de la clase obrera que le apoyó, su nombre era la promesa de una vuelta al orden y un paladeo de la gloria del primer Cónsul y de su futuro.

⁵³ *Ibid.*, pp. 564-565.

No todo había concluido, sin embargo. A contrapelo de la dirección predominante en el continente llegó una segunda ola revolucionaria, ahora mejor organizada y de tenor menos liberal, en áreas todavía no sujetas al puño de hierro de un conservadurismo recientemente revigorizado. Faro de la contrarrevolución impuesta en Nápoles, Pio Nono había sido obligado a contemporizar con la opinión liberal permitiendo que se celebraran un par de asambleas consultivas bajo un gobierno de ley y orden. En octubre, su odiado ministro del Interior era asesinado para regocijo popular y el Papa huía a sus posesiones de Italia central. A continuación se introdujo el sufragio masculino universal, se celebraron elecciones y en febrero de 1849 se declaró la República romana. Mazzini llegó de Londres, Garibaldi de Montevideo. La tributación fue reducida, la pena de muerte abolida, mientras un gobierno competente daba sus primeros pasos. En el sur de Alemania, cuando la Asamblea de Frankfurt, elegida indirectamente entre una caterva de Estados principescos y dominada por una mayoría liberal-conservadora, no logró la unidad nacional, asegurando la aceptación de una constitución imperial por los diversos Estados mencionados o la imposición de la corona imperial del rey de Prusia, ello abrió el paso para que los radicales lanzasen una insurrección y declarasen la República en Baden en mayo de 1849. En Hungría, una vez que el ejército austriaco reconquistó Viena, de modo inmediato tomó Budapest forzando a la Asamblea magiar a desplazarse hacia el este hasta Debrecen, donde en abril de 1849 declaró la independencia húngara sin especificar qué forma asumiría el futuro Estado magiar. En junio un ejército húngaro de 170.000 hombres reunido por Kossuth había recuperado buena parte del viejo reino.

En cada uno de estos casos, la segunda llamada revolucionaria fue apagada por la correspondiente intervención extranjera. Un ejército francés enviado por Luis Napoleón bombardeó Roma hasta su rendición. Las tropas prusianas pusieron punto final a la república proclamada en Baden. En Hungría, después de que Francisco José implorase de rodillas a Nicolás I que rescatara a la Casa de los Habsburgo, un ejército ruso de 200.000 soldados se unió a las fuerzas austriacas y croatas para someter a la Guardia Patriótica húngara, que capituló en agosto. En otoño, Mazzini, Garibaldi y Kossuth, junto con innumerables otros luchadores, se encontraban en el exilio: la mayoría de ellos para siempre. Aunque los objetivos e ideales nacionales fueron prominentes, por muy ambiguamente que lo fueran, en las revoluciones de 1848-1849, los compromisos internacionalistas habían constituido también un hilo

notable presente en las mismas⁵⁴. Pero como observa Clark, la geopolítica era el terreno sobre el cual los revolucionarios no eran un adversario para las fuerzas de la reacción, inherentemente más fuertes dado que se hallaban imbricadas en los bastiones militares del sistema de Estados, dotados de sus propias versiones superiores de colaboración internacional⁵⁵. Luis Napoleón se mostró de acuerdo con la supresión de Hungría por Nicolás I a cambio de tener las manos libres en Roma. Nicolás I respondió a la llamada de Francisco José para que ayudase a Austria a aplastar a los magiares por temor a que Hungría pudiera propiciar el contagio de Polonia. Palmerston accedió a la invasión rusa de Hungría para asegurar la supervivencia de Austria como aliado de Gran Bretaña. Rusia y Austria ejercieron una presión conjunta sobre Turquía para que entregase a los combatientes que habían encontrado refugio allí.

La victoria de la contrarrevolución europea no fue únicamente material: también trajo consigo, sostiene Clark, un cambio duradero en la atmósfera ideológica del continente, plasmado en la migración de las doctrinas de acuerdo con la primacía política que forzó a innumerables pensadores hacia la derecha desde sus orígenes en la izquierda. Fue un antiguo jacobino, Luigi Angeloni Frusinate, un íntimo amigo de Buonarroti, quien esbozó por primera vez esta concepción en un libro titulado *Della forza nelle cose politiche*, publicado en 1826, que sería desarrollado no solo por Marx y Engels, sino más célebremente postulado por Bismarck y popularizado como una teoría general por el publicista Ludwig von Rochau en su libro *Grundsätze der Realpolitik*, aparecido en 1853. Se trataba de diferentes versiones del realismo, que contemplaban a Marx otorgando la primacía a las fuerzas económicas, a Bismarck a la fuerza militar, mientras Rochau mostraba su preferencia por los cambios verificados en la esfera cultural⁵⁶. Pero lo que estos planteamientos tenían en común era una pragmática del poder en el interior de los Estados así como en sus relaciones recíprocas,

⁵⁴ Simbolizado por el general polaco Józef Bem, un veterano de la era napoleónica, ahora comandante en la defensa de Viena, luego presente entre los húngaros en Transilvania para encontrarse finalmente como gobernador otomano de Alepo, *ibid.*, pp. 684-685.

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 12, 549: «Quizá el rasgo específico más peligroso del nacionalismo fue que atraía a los revolucionarios a un terreno en el que jamás iban a poder encontrar un suelo firme en el que pisar, el terreno de la geopolítica, sobre el cual siempre estarían en condiciones de inferioridad respecto al poder de fuego de las potencias del antiguo régimen: los contrarrevolucionarios disfrutaban de «condiciones indudablemente mejores [a la hora] de colaborar internacionalmente que sus oponentes».

⁵⁶ *Ibid.*, pp. 679-680.

que se situaba en el polo opuesto del idealismo embelesado que había inspirado a muchos revolucionarios en 1848. En la parte final de su estudio, Clark se despide emotivamente de estos, informándonos sobre el número de los que cierta o probablemente fueron asesinados, describiendo los últimos ritos de los ejecutados, la dislocación psíquica de los supervivientes⁵⁷ y los diversos destinos de los exiliados.

Asimetría

La fuerza controlada del sentimiento presente en *Revolutionary Spring* no excluye sino que propicia la profundidad de pensamiento sobre su objeto de estudio. Las reflexiones de Clark sobre la revolución y la contrarrevolución son normalmente frescas y originales. ¿Fueron la privación y la miseria extremas descritas en su panorama de la cuestión social antes de las revoluciones de 1848 un factor precipitante de su estallido? ¿Fueron los tumultos que ambas ocasionaron un signo de lo que estaba por venir? No: «no existió un nexo causal directo» entre el malestar popular y el levantamiento político, pero el «miedo provocado por la violencia subalterna conformó el despliegue de la revolución a lo largo de su curso. No se trató de un factor exógeno que presionó sobre la revolución desde el exterior, sino que formó parte en realidad de la propia revolución»⁵⁸. No fue ese el único miedo en circulación durante estos años, que también fueron testigos de planes diseñados por la extrema izquierda para derribar el orden establecido mediante la insurrección, aventuras condenadas al fracaso que arrojaban a los conspiradores a la celda o al exilio. ¿Se habían convertido estos en una irrelevancia periclitada cuando ocurrió la gran explosión popular de 1848? Lejos de ello, sugiere Clark, porque el espectro del *coup de main* blanquista distrajo la atención de las autoridades en París de la tarea real inmediata, esto es, ajustar sus formas de control a las cambiantes nuevas condiciones: el efecto fue hacerles «perder los últimos dieciocho años preparándose para la revolución equivocada»⁵⁹. Lo que estalló en realidad fue una revuelta todavía carente de una forma definitiva, «anclada no en la conspiración sediciosa, sino en el debilitamiento del respeto y la confianza» en el régimen, así como la emergencia de un derecho de asamblea como causa capaz de unir temporalmente a «elementos desafectos heterogéneos». Ahí radicaba una lección útil para una etiología más

⁵⁷ Capturados de modo conmovedor por Mór Jókai en su novela *Political Fashions* (1861) en la figura de Petöfi, imaginado como un superviviente en vez de como asesinado en 1849, *ibid.*, pp. 695-697.

⁵⁸ *Ibid.*, pp. 89, 92.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 293.

amplia de las revoluciones. En una de sus observaciones más perspicaces, Clark escribe:

La acumulación de presiones en torno al sufragio concentra nuestra atención en un plano de causación que en ocasiones perdemos de vista, cuando pensamos en las revoluciones como la consecuencia de causas remotas (ciclos económicos, la destilación y el refinamiento de las ideas) y acontecimientos inmediatos (la aparición de un cartel anunciado una insurrección, el disparo accidental de una bala, una masacre que transforma la química emocional de una ciudad). Entre lo remoto y lo próximo existe un plano intermedio de causación: la acumulación de tensión política, el endurecimiento del lenguaje, el colapso del consenso y el agotamiento del compromiso, la emergencia de cuestiones espinosas, esto es, una dinámica que no vive ni en años ni en horas, sino en meses y semanas⁶⁰.

Dado que las revoluciones de 1848 no fueron premeditadas, se desprende de ello que no fueron planificadas y que las medidas que se implementaron o las decisiones que se tomaron tras las mismas fueron en gran medida improvisadas⁶¹. En total contraste, las contrarrevoluciones que acabaron con ellas fueron objeto de una minuciosa planificación, siendo el fruto de un cuidadoso cálculo y de un cronograma bien aplicado: operaciones ordenadas por los gobernantes o por sus ministros y ejecutadas por los comandantes militares, ejemplificaron una intencionalidad política en su expresión más contundente. La simpatía transmitida por el estudio de Clark por las revoluciones analizadas no se extiende por supuesto a los episodios de represión que les asestaron sus respectivos golpes de gracia. Clark las narra, no obstante, sin recurrir en absoluto a un vocabulario de antagonismo, utilizando un tono tan equilibrado como el empleado en su discusión de las limitaciones de las propias revoluciones. La diferencia en su actitud respecto a los dos campos se expresa en la asimetría de su tratamiento de los respectivos actores activos en cada uno de ellos. *Revolutionary Spring* contiene innumerables retratos, perceptivos y vigorosos, de algunos de los protagonistas del bando rebelde activos en los conflictos, que dividieron la política europea durante los años transcurridos tras la derrota de Napoleón, contándose entre ellos los dedicados a Buonarroti y Blanqui, Voilquin y Belgioioso, Lamennais, Lamartine, Mazzini y Cattaneo, Széchenyi y Kossuth,

⁶⁰ *Ibid.*, p. 294: «Entre lo remoto y lo próximo, existe un plano de causación intermedio»: una descripción pertinente del analítico capítulo 4 de *The Sleepwalkers*.

⁶¹ La única excepción, observa Clark, se verificó en Valaquia, único lugar donde los revolucionarios diseñaron su toma del poder previamente e implementaron también excepcionalmente una circunspecta reforma agraria, *ibid.*, pp. 374-377, 513-516.

Hecker y Blum. En el otro bando, dos de los estadistas derribados en 1848, Guizot y Metternich, merecen sendos daguerrotipos. El carácter, la concepción del mundo y las dotes de Guizot, dibujados contra el fondo de sus orígenes familiares y de su filiación protestante, son objeto de una reconstrucción realmente lúcida, mientras que Metternich es en gran medida mal comprendido como un *wigh* inglés, secretamente tolerante y reformista, que participó gustosamente en la Revolución griega⁶². Ninguno de ambos, sin embargo, desempeñó un papel relevante en los acontecimientos de 1848-1849, que los sacaron de escena. Las cosas son muy diferentes en el caso de los arquitectos de la contrarrevolución, que actuaron decisivamente en los diversos episodios de la misma. Clark nos proporciona escasa o nula información sobre Schwarzenberg, si bien este aparece en la supresión de la revuelta de Galitzia en 1846, se halla presente durante la revolución de Palermo en 1848 y participa junto a Radetzky en el sometimiento de Milán y con Windischgrätz en la recuperación de Viena y en la instalación de Francisco José en el trono, para luego orquestar como primer ministro la derrota de la Revolución húngara por Rusia, supervisar la reconstrucción del Estado habsbúrgico en Austria y diseñar la contención de Prusia en Alemania. Igualmente, Windischgrätz y Radetzky son meramente nombres en vez de personas. Al igual que Oudinot, que destruyó la República romana en nombre del Luis Napoleón, de quien Clark no ofrece un mínimo perfil, al igual que sucede con el en gran medida ausente Nicolás I.

La concentración en las elites que tomaron las decisiones que prendieron fuego a Europa en 1914 no es un error de *The Sleepwalkers*. Las masas del continente no estuvieron implicadas: una historia virtualmente diluida desde arriba era pertinente para investigar los orígenes de la guerra. Las revoluciones de 1848 y 1849 fueron un conflicto de un tipo absolutamente diferente, que corrió no entre las elites, sino entre estas y quienes estas gobernaban, invitando a una historia desde abajo, pero que no podía históricamente ser todavía tal. ¿Constituye la relativa desproporción de la respectiva cobertura de ambos bandos de las guerras civiles de ese bienio una falla de *Revolutionary Spring*? No realmente. Si este trabajo se hubiera extendido todavía más, se hubiera hecho inmanejable. Innegablemente, sin embargo, ambos libros de Clark pagan un precio por lo que no incluyen. En *The Sleepwalkers* brilló por su ausencia la presión del nuevo imperialismo activo tras el tobogán que aceleró el descenso de las elites europeas hacia la guerra. En *Revolutionary Spring*

⁶² *Ibid.*, pp. 236-238; 250.

lo hace la cuadrícula del sistema de Viena subyacente al paisaje de la cuestión social, a la difuminación de las ideas, a la constricción de los regímenes, de ese periodo, todo ello epitomizado en una palabra que condensa la época, pero que no aparece en el libro, Restauración, la cual tal vez ha sido evitada por Clark por ser demasiado brusca y simplista como etiqueta de esa era, pero que no obstante transmite, si bien telegráficamente, la inclinación real del sistema contra el cual finalmente la rebelión se produjo y fue controlada. El orden construido por la pentarquía de las potencias victoriosas de 1815 y bautizado por sus arquitectos –Alejandro I, Metternich, Castlereagh, Hardenberg y Talleyrand– «el derecho público de Europa» fue concebido para eliminar las brasas de la Revolución Francesa y la imagen del usurpador que había amenazado la estabilidad de todos y cada uno de los tronos de Europa. Los baluartes contruidos contra todo desorden renovado del tipo auspiciado por la primera y por el segundo consistieron en dos variantes de monarquía conservadora, esto es, el absolutismo autocrático –en diferentes formas, Rusia, Austria, Prusia– y el constitucionalismo oligárquico, Gran Bretaña y menos seguramente Francia. Común a ambos tipos de monarquía, siempre atentas a utilizar la violencia, cuando fuera necesario, fue su devoción a los principios de jerarquía, propiedad y legitimidad. Las potencias hegemónicas conjuntas del sistema, como observó Paul Schroeder, fueron los dos grandes imperios situados en los polos opuestos del mismo, Rusia y Gran Bretaña, respectivamente las potencias dominantes de Europa en la tierra y en el mar. En absoluto resulta casual, aunque ello no es registrado por Clark, que ambas estuvieran a salvo de 1848, cuyas revoluciones se desplegaron precisamente a lo largo y ancho de la Europa napoleónica, cuya memoria el sistema de Viena estaba diseñado para eliminar. Geopolíticamente, los levantamientos de ese año constituyeron por así decir la venganza póstuma del exiliado de Santa Elena.

Liberales en el gobierno

Por definición, obviamente, los liberales organizaban su concepción de la política en torno al concepto de constitución. Pero dicho esto todo dependía de qué tipo de constitución favorecían, esto es, qué poderes poseía una determinada asamblea o sobre qué tipo de sufragio se basaba. Con el consentimiento de las potencias vencedoras, Luis XVIII concedió a Francia una Carta, cuya suspensión por Carlos X provocó su caída, que auspició de la mano de la Monarquía de Julio un sufragio un

tanto menos restringido, una asamblea dotada de derechos considerablemente mayores y, de principio a fin del régimen, responsabilidades ministeriales para el pensador liberal más distinguido del país, Guizot, cuyo ascenso culminó en su desempeño del cargo de primer ministro, que ocupó hasta que fue derribado justo por el tipo de tumulto, que le había puesto en la sala de mandos del poder en 1830. ¿Le coloca su carrera categóricamente más allá del sistema de Viena o confortablemente en su seno? Clark ofrece la habitual amplia panorámica, en general correcta, de los pensadores liberales y de sus preocupaciones, políticas y económicas en la era de la Restauración, al hilo de los ejemplos de España, Francia, Italia, Alemania y Gran Bretaña, aunque sin recordar la originalidad y la sistematicidad de la escuela principal del momento, los *doctrinaires* franceses o el grado de su rechazo político de la Revolución Francesa. Pero, ¿cómo juzga su comportamiento como actores en los acontecimientos de su época?

Por un lado, su veredicto sobre los papeles desempeñados por los liberales en 1830 y en 1848 es objetivamente riguroso. En ambos casos, los liberales franceses iniciaron y dirigieron las protestas contra lo que atacaban como abusos de la Carta –en el primero su suspensión, en el segundo el rechazo a su mejora–, que suscitaron el clamor popular que derribó al régimen responsable de estas denegaciones de la libertad. En cada una de estas ocasiones, los liberales a los que las revoluciones habían puesto en el poder aplastaron a quienes los habían alzado a tales alturas. «La sangre del pueblo ha corrido, como lo hizo en julio [de 1830], pero esta vez la sangre generosa no será traicionada», escribía *La Reforme* en febrero de 1848; como sucedió en junio, puntualmente lo fue⁶³. La historia no fue diferente en otras partes de Europa.

Clark:

Cuanto más aterrorizados se sintieron los liberales por la izquierda, con más intensidad gravitaron hacia las fuerzas del orden. Allí donde los liberales se encontraron en el gobierno, los clubs políticos democráticos, los mítines públicos y las manifestaciones fueron objeto de vigilancia policial y de contramedidas rigurosas, mientras que al mismo tiempo hicieron la vista gorda ante los ataques de la derecha contra la legitimidad de la revolución. En las asambleas revolucionarias, los liberales tendieron de modo creciente a votar junto con sus precedentes enemigos conservadores, contra los diputados de la izquierda moderada y radical [...]. La satisfacción y un

⁶³ *Ibid.*, p. 293.

sentido de logro liberal fueron ciertamente parte de la mezcla motivacional, pero una pulsión más profunda y más importante del comportamiento liberal fue el miedo ante una mayor inestabilidad. Desde el verano de 1848 los liberales adoptaron una concepción cada vez más esquemática y apocalíptica del conflicto social y político. Se contemplaron a sí mismos encerrados en un conflicto de suma cero con un enemigo, que representaba la negación absoluta del orden social burgués⁶⁴.

Este juicio llega de la mano del análisis efectuado por Clark de las contrarrevoluciones de 1848-1849. Sin embargo, cuando llega al resultado final de esos años, el tenor de su exposición cambia. ¿Cuáles fueron los efectos posteriores de su «primavera revolucionaria»? No era posible dar marcha atrás, sostiene Clark, y volver al *statu quo ante*. 1848 había modernizado la política mediante la introducción de constituciones, elecciones, partidos de un tipo que no existía previamente y que estaban ahí para quedarse, tras convertirse en el utillaje estándar de todas y cada una de las democracias contemporáneas. Durante el periodo que siguió a las revoluciones el constructo más influyente producto de las mismas fue el surgimiento de coaliciones flexibles de corte liberal-conservador nacidas de la reaproximación entre los antiguos revolucionarios ahora moderados y las elites tradicionales ahora imbuidas de un nuevo pragmatismo, que marginaron tanto a la vieja izquierda como a la vieja derecha. Estos gobiernos modernizaron sus sociedades con nuevas industrias e infraestructuras, sobre todo ferrocarriles. Comprometidos con la inversión y el desarrollo, mejoraron las administraciones que presidían y transformaron las ciudades que gobernaban. Regímenes menos autoritarios que los del pasado, recurrieron más a las relaciones públicas y menos a la censura. Su apuesta consistió en un modelo organizativo posrevolucionario, que fuera más allá de la simple profilaxis contra cualquier recurrencia de levantamientos impulsados desde abajo. La paz política perseguida por estos gobiernos no consistió únicamente en un beneficio que debía comprarse con la prosperidad y el progreso. En todo caso, la secuencia causal era la inversa, la paz civil era considerada como la condición de los valores del progreso y de la prosperidad⁶⁵.

Peel es para Clark el político que anticipó este patrón de comportamiento, esto es, un conservador capaz de alterar su perspectiva de las cosas, cuando las circunstancias lo requirieron, que se convirtió en un reformador eficiente y capaz. Hubo otros hombres como él –Cavour en

⁶⁴ *Ibid.*, pp. 648-649.

⁶⁵ *Ibid.*, pp. 709-714.

Italia, Manteuffel en Prusia, Bach en Austria, junto con otras figuras menos conocidas, incluidos muchos antiguos *quarante-huitards* convertidos en oficiales de policía, cuyas carreras ejemplificaron la existencia de una «movilidad de masas a lo largo del espectro político», que dejaron su huella durante la época siguiente. Su flexibilidad no era un fenómeno totalmente nuevo. Ya durante los años prerrevolucionarios existieron políticos que ofrecieron diversas versiones de la misma; «el giro moderado del liberalismo italiano» inspirado por las ideas de Gioberti, la prudente inteligencia de la Francia de Guizot, el liberalismo autoritario de Narváez en España. Aunque su «carisma se vería mancillado» en 1848, «no deberíamos subestimar el futuro de esta política limitada». A lo largo de un terreno común en el que «elementos dispares de una nación política definida por la riqueza y la educación podían unir sus manos», existía, pues, una perspectiva, que «prefiguraba el centrismo reformista que dominaría la vida política de la mayoría de los Estados europeos después de la revolución de mediados de siglo»⁶⁶.

Lecciones

¿Significa ello que la revoluciones fueron un fracaso, tal y como han pensado los historiadores, un punto de inflexión para Europa, que realmente no fue tal? En opinión de Clark tal conclusión es un error categórico, similar a preguntarse si una inundación o un huracán es un fracaso. Como las fuerzas históricas de la naturaleza, las revoluciones son acontecimientos objetivos, que no tienen propósitos preestablecidos. Los revolucionarios los tienen, pero ninguna revolución ha conseguido lo que estos se habían propuesto lograr. Sin embargo, las revoluciones «están preñadas de consecuencias»⁶⁷. El pueblo no es el mismo tras ellas, como sabía Bismarck y afirmó de sí mismo. Resulta natural preguntarse si las cosas podrían haber ido mejor, si los revolucionarios hubieran actuado de diferente forma y en este trabajo, a diferencia de *The Sleepwalkers*, Clark ofrece cinco escenarios contrafácticos, que hubieran conducido a un resultado preferible: si los liberales se hubieran mostrado más abiertos a la política radical; si los radicales se hubieran puesto de acuerdo en un programa social persuasivo; si se hubieran evitado los enredos nacionalistas; si los liberales y radicales hubieran insistido desde el principio en el control de los ejércitos; si la totalidad de los monarcas hubieran mostrado la sabiduría de los reyes holandeses y daneses, optando por

⁶⁶ *Ibid.*, pp. 240-248.

⁶⁷ *Ibid.*, pp. 744-746.

supervisar una transición pacífica a los correspondientes parlamentos responsables⁶⁸. Pero a este respecto también, a diferencia de *The Sleepwalkers*, su nuevo libro no contiene una apelación real a la contingencia. Comprensiblemente, la noción de que la contrarrevolución pudiera no haber prevalecido o haber sido superflua nunca se aborda como una hipótesis seria. Por el contrario, el interés se concentra sobre las lecciones de la experiencia de 1848 para el presente.

Estas lecciones asumen dos formas, una directamente política, la otra más analógica. La primera postula una prescripción, acompañada de una cualificación. Su premisa mayor es la siguiente:

En un momento en el que el «liberalismo», desprovisto de su carisma y vaciado de su historia, se iguala en la izquierda con la violencia colonial, con la plutocracia y con una concepción de la economía regida por el mercado, mientras que en la derecha se identifica con las diversas modas izquierdistas y con la licencia social, merece la pena recordar lo rico, diverso, arriesgado y vibrante que el liberalismo fue. La visión liberal de una metapolítica concentrada en la mediación discursiva de los intereses es tan indispensable ahora como lo fue entonces⁶⁹.

Cualificación:

Pero los liberales constituían también una constelación de grupos de interés. Los radicales tenían razón cuando denunciaban sus puntos ciegos y las inconsistencias surgidas del egoísmo; los argumentos radicales en pro de la democracia y la justicia social representaban un correctivo crucial al elitismo liberal. Los radicales fueron los primeros en percibir quien se hallaba en peligro de ser dejado atrás por una política concentrada en los parlamentos y las constituciones; fueron los primeros en constatar cómo la desigualdad extrema corroería el tejido de todo orden político, que no lograra integrar a los estratos más pobres⁷⁰.

Conclusión:

El fracaso de liberales y radicales para escucharse los unos a los otros fue uno de los impedimentos centrales para lograr una transformación política más profunda. Cuando los liberales denunciaban a los demócratas como «comunistas» y los radicales ridiculizaban los «parla-parla-parla-parlamentos» de los liberales, ambos estaban poniendo en escena una de las grandes tragedias de 1848. Por otro lado, ni los radicales ni los liberales, salvo algunas honrosas excepciones, lograron abordar cabalmente los espinosos problemas de la sociedad rural, categoría que abarcaba a la inmensa

⁶⁸ *Ibid.*, p. 750.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 749.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 749-750.

mayoría de la población europea. Se trató de una omisión flagrante por la que pagarían un elevado precio⁷¹.

Prescripción:

¿Cómo deberíamos optimizar la funcionalidad de las instituciones liberales, mientras acomodamos la demanda de justicia social o los profundos –y potencialmente impopulares cambios– para abordar el desafío del cambio climático?⁷².

En distintas partes del libro, Clark sugiere un nombre para esa necesaria combinación. En el otoño de 1848 la «variopinta multitud» de estudiantes, abogados, periodistas, artesanos radicales y proletarios insurgentes, que detentaron brevemente el poder en Viena, «representaron las semillas de un nuevo tipo de política de izquierda en la que las demandas sociales y políticas conformaron un programa coherente, esto es, la política que posteriormente sería denominada socialdemocracia»⁷³. Al igual que en la República romana un año más tarde, el programa de sus triunviros –cuyo teórico fue Mazzini– proclamó que no habría «guerra de clases», ni hostilidad contra la riqueza existente, ni violación injustificada o injusta de los derechos de propiedad», sino simplemente «una constante predisposición a mejorar la condición material de las clases menos favorecidas por la fortuna»⁷⁴.

El *placet* de Clark:

La izquierda ya había abandonado o estaba en curso de hacerlo la senda del revolucionarismo romántico de la década de 1840 hacia un republicanismo democrático concentrado en el bienestar social de los ciudadanos. El espectro del «comunismo», que había acechado a los liberales y a los conservadores de clase media, devino un modo que impidió ver o comprender lo que los radicales estaban realmente exigiendo. Los radicales de la segunda ola no eran precisamente «comunistas»; eran los ancestros de los socialdemócratas de hoy en día⁷⁵.

No deberíamos conceder demasiada importancia a estas elisiones de periodo y categoría, indicios de la sensibilidad social de Clark más que de lealtad ideológica. Su ubicación hay que buscarla en realidad en esa

⁷¹ *Ibid.*, p. 750.

⁷² *Ibid.*, p. 749.

⁷³ *Ibid.*, p. 614.

⁷⁴ *Ibid.*, pp. 658-659.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 659.

elocuente, si bien nunca dominante, línea de liberalismo, que se mostró abierta al desafío del socialismo e intentó una aproximación o fusión con él mismo, en ciertos casos una subsunción, que desciende de Mill a Russell y Dewey, luego a Bobbio, Habermas y Rawls –filósofos todos ellos– con menos representantes atípicos en la sociología y la historia, siendo Clark una distinguida excepción. Se trata de una tradición que siempre ha sufrido de posibles tensiones en la articulación entre los dos impulsos que la conforman y quizá particularmente en aquellos casos en los que la historia, refractaria a las abstracciones conceptuales, incide sobre ella. Al incluirla por primera vez en el flujo integral de un vasto drama revolucionario –y contrarrevolucionario–, Clark ha enriquecido extraordinariamente su visión dual. Pero la tensión característica se halla todavía presente, visible en el constructo de una «síntesis posrevolucionaria» durante la década de 1850, que es presentada como el logro impresionante de un liberalismo moderado: la modernización administrativa de Europa, que traía de la mano una nueva prosperidad y una nueva paz a sus ciudadanos, comparable, a su modo, al incremento del nivel de vida y a los sistemas ligados a los Estados del bienestar del orden de posguerra implementados durante la década de 1950⁷⁶. Para Clark el verdadero legado de 1848 fue la «revolución en el gobierno», que garantizó y supervisó estos avances⁷⁷.

El liberalismo en el poder

Existe una dificultad obvia, sin embargo, a la hora de atribuir el tipo de progreso que Clark alaba durante los años posrevolucionarios –económico, técnico, urbano, mediático– a las revoluciones que fueron aplastadas en 1849, ya que los mismos tipos de mejora llegaron durante esos mismos años a Gran Bretaña y Estados Unidos sin que se hubiera producido allí ningún tipo de revolución. Lo que estas mejoras esencialmente produjeron fue el progreso del capitalismo, una realidad que prácticamente a todos los efectos *Revolutionary Spring*, donde realmente no utiliza este término, ignora. El hecho de que su avance se hallara en el mundo anglosajón más allá de lo que podía encontrarse en la Europa continental es un recordatorio de la diferencia política que separaba estas sociedades de las que habían experimentado los levantamientos de 1848. Las primeras habían experimentado sus revoluciones mucho antes y con mayor éxito en 1648-1649/1688-1689 y en 1775-1783, siendo esta última

⁷⁶ *Ibid.*, pp. 746, 709-741.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 4.

en determinados aspectos una extensión de la primera. En ambos casos, estas revoluciones fueron ante todo transformaciones del Estado, cuya condición era la debilidad o la ausencia de un mundo rural feudal, que permitió a la clase capitalista, rural y urbana, asegurar un poder estable: en términos marxistas, las revoluciones burguesas se cumplieron sin excesivas amenazas desde abajo. En Francia esa amenaza se materializó en el Año 2 de la Primera República, que traumatizó a las clases propietarias de toda Europa, mientras que el régimen napoleónico que le siguió, tras reprimir el lado jacobino de la Revolución, tradujo su dinámica mediante el desencadenamiento de toda una serie de guerras de expansión, que amenazaron los tronos de Portugal a Polonia.

La victoria sobre Napoleón restauró la monarquía borbónica como el arquitrabe del sistema de Viena contra cuya versión orleanista estalló el levantamiento de 1848. Sin embargo, la estructura urbana y la población de París habían dejado de ser lo que eran en 1789: seis décadas después, la actividad industrial de la ciudad había crecido, las clases bajas tenían mayores dimensiones y las ideas socialistas gozaban de buena circulación. Existía ahora una amenaza proletaria tangible no solo para el orden aristocrático reinstaurado en Viena, sino también para los intereses y valores primordiales de la burguesía. Si nos preguntamos por qué las revoluciones de 1848-1849 se abortaron tan rápida y brutalmente, Clark ofrece la respuesta brillante y exhaustiva en el nivel de la causación intermedia, que él identifica en su análisis de cómo estas se originaron, mostrando cómo el viejo orden se reagrupó, indicando por qué pudo coordinarse a través de las fronteras con tanta pericia, señalando en qué anclaje popular fue capaz de apoyarse, revelando dónde radicaba su decisiva ventaja en el uso de la fuerza armada y apuntando qué divisiones étnicas y sociales pudo explotar entre sus adversarios. Pero del mismo modo que existió un nivel de causación, tan real como poderoso, sobre el plano de los actores y acontecimientos intermedios sobre los que Clark se concentró en *The Sleepwalkers*, así en el drama descrito en *Revolutionary Spring* ese plano existe también: el hecho preminente sobre el que insistió en particular Luckács, esto es, el hecho de que en 1848 la burguesía europea había perdido su inocencia. Conocía los peligros que para ella acarrearban las movilizaciones populares y estaba dispuesta a aplastarlas de la mano del privilegio y el poder tradicionales. ¿Demasiado *plumpes Denken* [pensamiento abrupto] para Clark?

Al sostener que las revoluciones no fueron en ningún caso un fracaso, su predilección recae sobre la conservación y el desarrollo de sus logros

a pesar de su aparente fracaso. No es que Clark embellezca indebidamente la síntesis posrevolucionaria, que discierne en la década de 1850, porque deja claros sus costes. Al retrasar «la introducción del sufragio universal en Europa durante más de medio siglo» y propiciar el estrechamiento del «ancho de banda de la disensión socialista», se trató de una síntesis fundada en «la continua exclusión política de las clases populares, cuyo coraje y violencia habían hecho posible las revoluciones, así como en la marginación de la política democrática, que hablaba en su nombre»⁷⁸. Pero dado que ahora había constituciones, parlamentos y partidos por no hablar de burocracias más eficientes y un crecimiento más vigoroso, no todo estaba perdido. Estos vectores apuntaban al futuro y al tipo de democracia que disfrutamos hoy, denominada liberal no por mero accidente. En esta concepción, el liberalismo es el puente entre las épocas de los tiempos de Cavour a los de Biden; su metapolítica la –«mediación discursiva de los diferentes intereses»– es el principio perdurable de una vida colectiva responsable, que se quebró en 1848, porque moderados y radicales no se escucharon. Clark no la defiende coherentemente, concediendo la fuerza de la burla de Marx del sueño de la armonía política entre las clases en la revolución, pero tampoco crítica en ningún momento la noción de una «metapolítica», tal y como la define él mismo, que podría asemejarse a primera visa a la «situación ideal de habla» de Habermas. Igualmente, podríamos preguntarnos, ¿es posible hablar hoy de liberalismo sin mencionar el prefijo que define el formato imperante en el mundo desde hace cuatro décadas? O, en este sentido, y más adecuadamente dada la propia intención de Clark, sin considerar la Primera Guerra Mundial, combatida en este país en nombre de la civilización liberal por un gobierno liberal? ¿Consumación del progresismo moderado del medio siglo precedente?

¿Victoria en la derrota?

En su introducción a *Revolutionary Spring*, Clark comenta el error cometido por la posteridad al suponer que la experiencia continental de 1848 fue un fracaso, entre cuyas remotas consecuencias se cuentan el advenimiento del fascismo en Italia, del nazismo en Alemania y del bonapartismo de De Gaulle en Francia. La realidad fue, por el contrario, que «las revoluciones de 1848 no fueron en realidad un fracaso: en muchos países produjeron cambios constitucionales rápidos y duraderos»⁷⁹. La

⁷⁸ *Ibid.*, p. 747.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 2, 4.

amplitud y la profundidad de las alteraciones producidas en el gobierno por sus diversos levantamientos han transformado Europa para mejor. Las revoluciones pudieron acarrear en el corto plazo la derrota para los activistas que combatieron por ellas, pero «su ímpetu se transmitió como una onda sísmica a través de los aparatos de gobierno europeos, cambiando estructuras e ideas, imponiendo nuevas prioridades a los gobiernos o reorganizando los viejos y dotando de un nuevo marco a los debates políticos»⁸⁰.

Biográficamente, la introducción de *Revolutionary Spring* apunta a lo que pueden ser las fuentes de la extensión de esta convicción. Es cierto, nos dice Clark, que la narración de estos levantamientos «carece de un momento de cierre redentor» y también que «fue precisamente el estigma de fracaso el que me repelió de las revoluciones de 1848, cuando me topé con ellas por primera vez en el colegio». Ahora que, sin embargo, Clark comprende mejor su complejidad puede apreciar la contribución efectuada al éxito paradójico de las mismas tanto por aquellos con quienes simpatiza como por quienes no gozan de su aprecio. Las demandas de un lado, admiradas por los historiadores, han «entrado en el repertorio de la democracia liberal moderna». No obstante, continua, «aunque comparto esta afinidad por la lectura de periódicos, por el buen café y por liberales y radicales, me parece que un análisis que contemple los hechos tan solo desde el punto de vista insurgente o liberal se pierde una parte esencial del drama y del sentido de estas revoluciones, que fueron el encuentro inesperado entre potencias viejas y nuevas, cuyos resultados a corto y largo plazo las primeras contribuyeron tanto a conformar como las segundas»⁸¹. La ecuación no queda demostrada en el libro, que dice poco sobre quiénes gestionaron la contrarrevolución y no gran cosa sobre los regímenes que esta estableció o restauró. Sin embargo, lo que su postulación bajo la rúbrica de éxito compartido quizá sugiere es la función de lo que podría en esta versión de su resultado final ser llamado, con un toque de ironía, la «apertura redentora» de las revoluciones a un futuro mejor, el cual se extiende hasta el momento presente. El papel desempeñado por la contingencia en *The Sleepwalkers*, donde su efecto es ocluir la lógica de los imperios, no es reiterado en *Revolutionary Spring*, pero en la elegancia sobria con la cual concluye

⁸⁰ Christopher Clark, «Why should we think about the revolutions of 1848 now?», *London Review of Books*, 7 de marzo de 2019.

⁸¹ Ch. Clark, *Revolutionary Spring: Fighting for a New World 1848-1849*, cit., p. 8; las viejas potencias fueron a su vez transformadas al hacerlo, como concedió Bismarck en sus memorias.

su narrativa podríamos detectar un equivalente estructural. Esta vez el efecto no es de oclusión, sino de consolación. La magnitud de la inversión autoral –intelectual y emocional– en el drama de 1848-1949, que ha producido un monumento tan descomunal y apasionado de investigación, cuya construcción ha exigido a su autor más de una década de trabajo, podría parecer inadecuadamente recompensado, si su narración concluyera con una nota depresiva, imponiéndose, pues, una conclusión optimista abrumadora desde el punto de vista compositivo. Algo similar a esta hipótesis al menos podría explicar la disyunción existente entre la dura certeza de la derrota y los signos ocultos, a pesar de toda evidencia, de la victoria⁸².

Prognosis

Revolutionary Spring concluye no con una nota de solaz, sino con una correlación que invita provocadoramente a pensar carente absolutamente de esta. Los levantamientos de 1848 estallaron antes de que las ideas políticas o sociales hubieran adquirido la demarcación sistemática en doctrinas adyacentes o antitéticas, capaces de separar la derecha, el centro y la izquierda. Estas cristalizaron posteriormente, generando divisiones políticas duras y rápidas, así como partidos institucionalizados de un nuevo tipo ligados a las mismas, que demostraron constituir rasgos duraderos de la modernidad madura. Hoy, sin embargo, ¿no estamos desprendiéndonos de las mismas al hilo de un movimiento inverso que nos lleva a un paisaje ideológico, que está deviniendo tan amorfamente mezclado y confuso como fue el caso durante la década de 1830, si bien las doctrinas de antaño todavía proliferan como innumerables fósiles? Tal fusión de las certidumbres pasadas y el consabido entrecruzamiento de eslóganes y gritos de guerra antaño polarizados, no conforman únicamente la coyuntura de Clark. Roberto Schwarz ha dado recientemente una expresiva forma del mismo, sin convertir las impresiones en axiomas, en su tragicomedia sobre la caída de Dilma en Brasil⁸³. Clark ilustra su propuesta aduciendo los movimientos de apoyo a Trump, Occupy Wall Street y QAnon en Estados Unidos, los *gilets jaunes* [chalecos

⁸² Los historiadores han percibido este hecho. Lynn Hunt: «Clark quiere contrarrestar las visiones negativas poniendo de relieve los innumerables resultados beneficiosos de las insurrecciones, pero como otros que han intentado rubricar con una opinión más positiva los acontecimientos de aquellos años, se enfrenta a una tarea dantesca». Alexander Zevin: «El sentido de fracaso que flota sobre 1848 no puede ser conjurado contando los kilómetros de vía férrea construidos tras su conclusión».

⁸³ *Rainha Lira*, cuya discusión aborda Mario Sergio Conti en «Tragicomedia brasileña», *NLR* 136, septiembre-octubre de 2022.

amarillos] en Francia, *Querdenker* en Alemania o el Freedom Convoy en Canadá, y no resultaría complicado completar su lista. En general, añade, «la intensificación de la conciencia ambiental de precariedad y la preocupación ante el desbaratamiento de la cohesión social recuerdan los sombríos diagnósticos de la década de 1840»⁸⁴.

El paralelo histórico es ciertamente sugestivo. ¿Hasta qué punto resulta persuasivo? Desde el punto de vista sociopolítico, la mutabilidad que Clark indica está claramente –algunos dirían espectacularmente– a la vista en los vaivenes de los bloques electorales a cuyo tenor los trabajadores y trabajadoras votan ahora en gran medida a partidos considerados como de derecha, mientras los pudientes y quienes poseen altas credenciales académicas lo hacen por partidos categorizados como de izquierda; cambios cuantificados y teorizados por Thomas Piketty entre otros. En tal baile de las otrora afiliaciones tradicionales, los ideogemas del momento pueden migrar de un campo a otro con sorprendente facilidad, confirmando la lectura de la época propuesta por Clark. Pero tales cambios cuasi instantáneos y la disolución de la doxa familiar se hallan confinados al plano de la política nacional. En el ámbito internacional, la fijeza y la uniformidad se hallan quizá más extendidas y son más pronunciadas, al menos en Europa, que nunca antes a medida que los tropos de nueva Guerra Fría adquieren consistencia y cristalizan en una *Weltanschauung* [cosmovisión] cuasi unánime.

Más abiertamente político en sus referencias y preocupaciones por la actualidad que la mayoría de los historiadores, Clark se ha mostrado propenso a establecer analogías contemporáneas que corren el riesgo de volverse en su contra en forma de anacronismo: no pocas en *The Sleepwalkers* –la incapacidad de Austria de asegurarse la simpatía de la Entente para su acción contra Serbia se asemejaba al fracaso del Consejo de Seguridad a la hora de sancionar a Siria; los *diktats* de la troika que contuvieron los problemas derivados del euro como inspiración para comprender cómo podría haber sido evitada la Gran Guerra⁸⁵– estas analogías recurren en *Revolutionary Spring*: Blum como un precursor de Harzt o Scholz; la pantomima del Capitol Hill de enero de 2021 como algo similar a la invasión de la Asamblea Nacional en mayo de 1848⁸⁶. Se trata, no obstante, de menudencias que pueden ser desechadas sin más.

⁸⁴ Ch. Clark, *Revolutionary Spring: Fighting for a New World 1848-1849*, cit., p. 754.

⁸⁵ Ch. Clark, *The Sleepwalkers: How Europe Went to War in 1914*, cit., pp. 555, 559.

⁸⁶ Ch. Clark, *Revolutionary Spring: Fighting for a New World 1848-1849*, cit., p. 552

Los paralelos existentes entre las décadas de 1830 y 1840 y las últimas décadas, razonados e ilustrados con cuidado, son otra cuestión y si no incontestables, al menos merecen ser respetados. No implican conformismo, todo lo contrario. Tras invocar «el carácter fisurado, variado» de la política en 1848 –ansiedades sobre la desigualdad, tumultos nacionales enmarañados con asuntos exteriores, irrupciones de la violencia, utopía y espiritualidad, ausencia de todo sentido definido de futuro–, así es como Clark concluye su gran y debatible trabajo: «Si una revolución está en ciernes (y parece que nos encontramos muy lejos de una solución *no revolucionaria* de la “policrisis” a la que nos enfrentamos en la actualidad), podría asemejarse a algo similar a 1848: pobremente planificada, dispersa, incongruente y fragmentada por múltiples contradicciones»⁸⁷. Existen peores pronósticos de lo que podría depararnos el futuro.

⁸⁷ *Ibid.*, p. 754, cursiva en el original.